

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**“LA REVOLUCIÓN” : TRADUCCIÓN COMENTADA DE “REVOLUTION” DE
JACK LONDON**

T E S I N A

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS MODERNAS (INGLESAS)

PRESENTA:

FRANCISCO ITZCÓATL JUÁREZ SALAS

ASESORA: MTRA. JULIA EDITH CONSTANTINO REYES



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Mamá

A Papá

A Licha

A Ricky

A mis amigos y amigas

A la Universidad

*“ i carry your heart with me(i carry it in
my heart)i am never without it(anywhere
i go you go, my dear; and whatever is done
by only me is your doing, my darling)”*

ÍNDICE.

Índice	4
Introducción	5
Contexto histórico social	8
Jack London	11
Objetivo de la traducción	13
Proceso de traducción	15
Decisiones de traducción	18
Procedimientos de traducción	30
Nota final	43
Bibliografía	45
La revolución	46
Apéndice (Revolution)	74

INTRODUCCIÓN

La primera década del siglo XXI fue marcada por una de las crisis financieras más importantes que se pudieran recordar en poco más de un siglo, crisis que ahora no sólo se limitó a ciertas regiones del globo o, como es costumbre, a países cuyas bases financieras han demostrado constantemente lo endeble de su naturaleza. La estabilidad económica del mundo entero colapsó dramáticamente. Naciones poderosas cayeron en depresiones económicas que recordaban aquellas sufridas en los albores del siglo XX arrastrando, como en aquella época, a otras naciones menos afortunadas a desenlaces todavía más graves y de los cuáles algunas aún no pueden salir. Es así como, al igual que hace casi ya un siglo, la política del mercado dictada por el capitalismo demuestra ser negligente hacia un sector grande de la población y, aunque en ese entonces no hubo la necesidad de que naciones enteras se declararan en bancarrota como hoy en día, sí hubo mujeres, hombres y niños que carecían, tal como lo hacen todavía hoy en día, de toda la gama de oportunidades que les permitieran mantenerse alejados de la pobreza, el hambre y la miseria.

La discusión acerca de la eficiencia y vigencia del capitalismo comenzó de nueva cuenta en pleno siglo XXI y discretamente se mencionaba la necesidad de un replanteamiento que permitiera reorganizar modelos económicos y políticos para salir de la crisis y que proporcionara, a la larga, el mejoramiento en la calidad de vida de todos los ciudadanos. Resurgieron ideas que provocaron la reaparición de textos que planteaban la necesidad de vigilar o en su caso incluso derrocar a la clase gobernante que, al instaurar el capitalismo y las normas del libre mercado como política de gobierno restringen el acceso a una vida digna sólo a pequeños círculos, propiciando la eterna

lucha entre los que tienen en abundancia y los que no tienen nada. Bajo este panorama ciertos autores como Henry David Thoreau y el mismo Jack London han tenido una reaparición y son clara influencia en un sinnúmero de expresiones culturales cada vez más y más populares y significativas para la población actual, que van desde el cómic, películas, libros, novelas gráficas e incluso movimientos sociales. Tal es el caso de *Into the Wild* (2007), largometraje dirigido por Sean Penn, así como la puesta en marcha de esquemas actualizados de los modelos de desobediencia civil pacífica de Thoreau, retomados por Alan Moore en el personaje principal de la novela gráfica *V for Vendetta* (1982-87).

“Revolution”, ensayo del escritor californiano Jack London, en el que se plantea el derrocamiento del capitalismo y el surgimiento de la clase trabajadora como nueva fuerza gobernante, más justa y socialmente responsable, es uno de los textos que de alguna manera también resurgió hace poco más de un siglo de haber sido publicada. “Revolution” se inserta en los hechos ocurridos en los años posteriores a la depresión acaecida en los Estados Unidos en 1893 y si bien no es el único texto que aborda dicho suceso y sus consecuencias, sí es uno en el que encontramos una clara radicalización de los ideales y movimientos anticapitalistas de aquella época, que contaba también con una muy buena organización y visión. Parte de dicha visión era la edición de un sinnúmero de panfletos y periódicos de corte socialista mediante los cuales se gestaba una nueva etapa en la lucha contra el capitalismo. Con la ayuda de estos textos se organizaban enormes mítines y marchas que se apoderaban de las principales calles de ciudades como Nueva York, Chicago o San Francisco. En dichos eventos se pronunciaban discursos de los principales líderes disidentes e incluso hasta poemas en los que se elogiaba a la clase

trabajadora y se atacaba a la clase gobernante. Dichos eventos y lo ocurrido en ellos eran el vehículo que los revolucionarios utilizaban para reafirmar su compromiso con el movimiento que buscaba los cambios necesarios para salir de la pobreza y la indignidad en que los había hundido la ideología capitalista. El panfleto también fue una de las principales herramientas mediáticas de los revolucionarios de fines del siglo XIX y principios del XX debido a su reproducción y distribución, que resulta relativamente fácil y económica. Aunque puede tener usos más triviales, al panfleto es fácil asociársele con textos de naturaleza contestataria y se le relaciona casi inmediatamente con temas políticos, conteniendo la o las opiniones no sólo de un autor sino incluso de todo un grupo o comunidad.

El ensayo “Revolution” de Jack London forma parte de muchos de los textos y discursos elaborados por militantes e incluso por algunos líderes de los movimientos obreros que proliferaban durante dicha época, con los que se pretendía informar y denunciar actos gubernamentales que atentaban contra el bienestar de los trabajadores y el grueso de la población; su objetivo también era reclutar nuevos miembros, para lo cual era necesario el uso de un lenguaje eminentemente exaltador e inspirador, elementos explotados por London de manera interesante en el ensayo.

“Revolution”, escrito en 1905 recrea, desde el idealista y muy personal punto de vista de Jack London, la situación y en especial el ánimo, fortaleza y convicción de la clase trabajadora, que se asumía como fuerza redentora e impulsora de los cambios que el mundo requería a fines del siglo XIX. Las expresiones ideológicas presentes en “Revolution” reflejan el ánimo prevaleciente ante los vientos de cambio que soplaban alrededor del mundo entre los revolucionarios y cualquier otra persona que se sintiera

identificada con dicha lucha. London presta especial atención en su ensayo a los movimientos obreros de este periodo, y recalca una y otra vez que es un movimiento en el que se enfrentan dos clases, cada una con una ideología propia. Podemos tomar dicho ensayo como un invaluable registro histórico de la época retratada en él, así como un interesante estudio de los eventos ocurridos en esa época, de los cambios que de ella emanaron, de las ideologías en conflicto y también, en un primer plano, de la importancia de la literatura en todo tipo de movimiento humano, ya sea armado o intelectual.

La traducción de “Revolution”, la cual se presenta en el siguiente trabajo, cobra importancia, a pesar de tener poco más de un siglo de distancia, debido a la vigencia del conflicto ideológico. Con la presente traducción se pretende crear un puente con el lector meta que fortalezca el o los lazos ideológicos compartidos tanto por London, su traductor y el mismo lector meta en el contexto global actual para lo cual he elegido basarme en un enfoque primordialmente literario, el cuál se centra en los fines de la traducción (fortalecimiento de los lazos ideológicos) pero sin dejar de lado los medios (procesos) mediante los cuales el traductor trabaja (López Guix 166).

CONTEXTO HISTÓRICO-SOCIAL

A finales del siglo XIX y principios del XX acontecían una serie de fluctuaciones alrededor del mundo derivadas, en su mayoría, de las profundas diferencias entre dos corrientes ideológicas: el capitalismo y el socialismo; dichas fluctuaciones se verían reflejadas en una importante cantidad de movimientos sociales que buscaban un cambio en el rumbo económico, político y social de algunas naciones. Las diferencias entre las ideologías en conflicto eran más que evidentes y se habían profundizado con el paso del

tiempo. Como una inmediata consecuencia de dichas diferencias encontramos innegables asimetrías económicas entre miembros de una misma sociedad quienes, al darse cuenta de dicha situación, decidieron actuar para llevar a cabo acciones en búsqueda de una sociedad más equitativa. En los Estados Unidos, algunos círculos experimentaron una etapa de gran crecimiento económico que se cimentaba en prácticas que rayaban en la ilegalidad y que incluso eran propiciadas por un sistema corrupto, como el trabajo infantil y extensas horas laborales. El crecimiento económico experimentado por estos pequeños grupos requería de la mano de obra más barata que se pudiera encontrar, con lo que se propiciaba la explotación de trabajadores negros y blancos, así como de migrantes orientales, europeos e incluso mujeres y niños (Zinn 253-295).

La mala condición de vida en que se encontraba el grueso de la población estadounidense era producto principalmente de un desproporcionado y a veces irresponsable manejo de la riqueza emanado de un modelo económico que carecía de regulación, lo cual generaría profundas depresiones económicas. Asimismo, los avances tecnológicos que habían dado paso a la revolución industrial afectaban, de un modo distinto al de antes, el estilo de vida de la población, en especial de los obreros; la aparición de máquinas que facilitaban ya no sólo el trabajo en la industria textil, ganadera o minera, sino incluso en el ámbito doméstico o de oficina, lejos de contribuir a una vida más cómoda propiciaba el maltrato y ocasionalmente el despido masivo de trabajadores.

Como consecuencia directa de dichos sucesos el desempleo crecía, los obreros eran sustituidos por máquinas que trabajaban a base de vapor o electricidad y los que conservaban su empleo se hundían cada vez más en la miseria. La falta de regulación económica permitía que unos pocos acumularan riqueza mientras muchos otros se

hundían en la pobreza a la vez que se les segregaba, propiciando la casi extinción del estrato social más bajo (económicamente hablando). Es de esta forma que la interminable lucha entre la clase obrera y la clase burguesa ahora convergía en ebullición con la lucha por los derechos civiles y laborales, con lo cual comenzaba una nueva etapa caracterizada por lucha armada y represión (como consecuencia de la misma). El concepto de ciudadano y en especial lo concerniente a derechos humanos y laborales parecía perder significado. El Estado sólo reconocía como mano de obra a los ciudadanos, situación por la cual se originaron movimientos obreros con un solo objetivo en mente: el derrocamiento del sistema que tanto daño les había hecho. La lucha no sería fácil y, como en cualquier otro movimiento de esta índole, existía división, traición y, por supuesto, una brutal represión por parte de los patrones y el Estado. Desapariciones, encarcelamientos y penas injustas, así como ataques mediáticos constantes y artimañas judiciales que mermaban directamente derechos fundamentales tanto de trabajadores como de sindicatos eran la base de la represión.

Es bajo estas condiciones que en 1877 se conformaría el Partido Socialista del Trabajo en los Estados Unidos, el cual, aunque era pequeño, contaba con una gran influencia dentro de una importante cantidad de sindicatos; dichos sindicatos constantemente organizaban huelgas que lamentablemente en más de una ocasión terminaban en sangrientas batallas desiguales en las que algunos perdían más que su libertad. Tal situación sólo contribuyó a la radicalización de los movimientos rebeldes, cuyos líderes no tardaron en llamar e incitar a sus simpatizantes a responder de la misma forma en la que eran respondidas sus demandas: con violencia. Entre los trabajadores el rumor de una revolución a gran escala era cada vez más sonado y creíble, la razón de esto

tuvo en gran parte que ver con el hecho de que en 1893 tuvo lugar una de las crisis económicas más profundas en las que habría caído la sociedad estadounidense. El rumbo económico, basado en la ideología capitalista, cobraba sus primeras víctimas, las cuales por supuesto no serían los grandes millonarios sino la clase trabajadora, la cual ya no estaba dispuesta a pagar los errores de unos cuantos sin que éstos sufrieran siquiera una mínima parte de lo que ellos mismos habían provocado. La clase obrera estadounidense volteó hacia el socialismo como la opción que les permitiría salir del abismo en el que el capitalismo la había hundido.

JACK LONDON

León Trotsky alguna vez mencionó que London era un visionario y que su trabajo retrataba lo que muchas veces parecía ser el destino de un mundo desigual en el que la única opción era la resistencia, por lo general violenta, ante un mundo egoísta y deshumanizado. Jack London nunca reparó en demostrar su afiliación política, era un ferviente seguidor del socialismo, lo que él llamaba “la hermandad del hombre”, y como tal siempre se asumió como uno de los principales voceros, aunque no el único, de tal ideología. La posición que London había alcanzado gracias a su fama como escritor y aventurero le permitió, además de ser una de las más influyentes voces dentro del principal círculo de intelectuales en cuya voz y pluma se reflejaba el ánimo de los trabajadores, acercar dichas ideas a una importante cantidad de lectores que posteriormente pasarían a formar parte de la lucha de la clase trabajadora.

Un ejemplo de esto es el ensayo “Revolution”, leído por London ante los alumnos de diferentes universidades de Estados Unidos; fue la Universidad de Berkeley, en

California en enero de 1905, la primera universidad en la que esto sucedió y la Universidad de Harvard, en diciembre del mismo año, la última; tres años después se publica en la *Contemporary Review* para luego ser publicada en 1909 por Macmillan en la compilación *Revolution and Other Essays*. En esta compilación de ensayos y cuentos, la tendencia socialista de Jack London es clara, en ellos exalta principalmente a la clase trabajadora y los movimientos insurgentes activos en los Estados Unidos de América a fines del siglo XIX y principios del XX, pero teniendo en cuenta también lo ocurrido alrededor del mundo.

“Revolution” enlista la serie de acontecimientos que habrían originado lo que supuestamente sería un movimiento de naturaleza insurgente a escala global en los albores del siglo XX, el cual buscaba nada más y menos que el derrocamiento de un régimen basado en ideas capitalistas que se encontraba en expansión y el cual no dignificaba la naturaleza humana y que, por el contrario, sólo protegía a pequeños sectores, en su mayoría empresariales, alrededor del mundo. “Revolution” nos contextualiza en un mundo en donde las constantes inestabilidades económicas y la creciente marginación social habrían desembocado en la necesidad de un cambio inmediato en la forma de dirigir naciones y sociedades. En el ensayo se plantea dicha necesidad como algo global e ineludible, que se encontraba presente en las calles, en los diversos mítines y en la vida diaria de casi cualquier persona. El ensayo también retrata abiertamente la radicalización de los movimientos insurgentes y el inminente paso de las palabras y discursos a las acciones, las cuales, de acuerdo con los números, favorecerían a quienes hasta el momento sólo habían sido la mal pagada cimentación de una sociedad obcecada con la acaparación de la riqueza. De esta forma, London logra dar voz en su

ensayo a las ideas de miles de personas que estaban dispuestas a luchar de cualquier forma para poder llevar a cabo los cambios necesarios que propiciarían una vida más próspera en un mundo más equitativo.

“Revolution” refleja claramente el giro hacia el socialismo que había dado no sólo London, sino gran parte de la población alrededor del mundo. El socialismo veía su número de adeptos incrementarse de forma constante ya que se había convertido, debido al profundo envilecimiento de la calidad de vida en el que la mayor parte de la población había caído, en lo que parecía ser la única opción para buscar una sociedad más equitativa en la que mejoraran las condiciones de trabajo y vida para todos.

Lo acontecido en años recientes alrededor del mundo es sin duda eco de lo descrito por London en “Revolution”. El modelo económico que actualmente se derrumba, hecho reflejado en crisis económicas globales como la sufrida en 2009 y de la cual aún podemos ver estragos, sobre todo en Europa, es el mismo contra el que los revolucionarios descritos en el ensayo luchaban hace ya más de dos generaciones. Naciones enteras que se declaran en bancarrota, la imposición de ajustes económicos que, una vez más, golpean los bolsillos de la clase trabajadora mientras otros pocos ganan cantidades inimaginables de dinero libre de impuestos; todos estos son hechos que crean un puente ideológico con el trabajo de London y el lector mexicano contemporáneo.

OBJETIVO DE LA TRADUCCIÓN

El proceso de traducción abarca desde la lectura y posteriores lecturas del original, su interpretación y finalmente la realización de la traducción que cumpla con él o los objetivos planteados. Dicho proceso implica incluso la visión estructural del original y las

posibles variaciones de la misma en el texto traducido, la elección de vocabulario en el original y la búsqueda de uno que funcione en la traducción; hasta la contextualización temporal, cultural e incluso literaria así como la toma de decisiones de traducción, generalmente fundamentadas en estrategias específicas que serán mencionadas más adelante.

Más allá de conflictos armados, combates o mítines, “Revolution” retrata el conflicto ideológico acontecido a escala mundial tal y como lo vería un ciudadano común en aquel entonces, ya sea que estuviera comprometido con la causa o no. Al hacer uso de diferentes elementos culturales, literarios y contextuales London crea en “Revolution” un texto cuyo contenido era cercano al ciudadano que se hacía las mismas preguntas y vivía de cerca la pobreza a la que London hace referencia en el ensayo. La recreación de dichas características en su traducción es fundamental y se logra mediante procesos de traducción que implican el uso de estrategias de traducción (dichos procesos serán abordados más adelante), así como un adecuado uso de elementos culturales, literarios y contextuales propios del lector al que va dirigida la traducción, todo esto con el fin de obtener un texto al que el lector mexicano contemporáneo (lector meta) pueda acercarse y encontrar las mismas ideas plasmadas en el original, expuestas con la familiaridad y convicción del mismo, en una traducción que posee las equivalencias estructurales, literarias y contextuales del original como objetivo final de mi traducción.

Para lograr dicho objetivo he empleado principalmente la adaptación y explicitación, procedimientos de traducción¹ que juegan un papel importante ya que es gracias a ellos que se regula el grado de adecuación y aceptabilidad de la traducción, determinado a su vez por factores como “la situación espacial y temporal, la intención de

¹ Ahondaré más acerca de dichos procedimientos en un apartado más adelante.

la traducción y el público al que se dirige” (Toury 272). Asimismo los procedimientos mencionados también fueron empleados de tal forma que la traducción conservara “el mensaje [buscando] que la respuesta del receptor de la traducción sea esencialmente la misma que la del receptor del original” (Toury 169), lo que presupone asumir una posición que privilegia el compromiso que se adquiere con el texto original y el mensaje que éste contiene, lo cual es en esencia el objetivo primario de la presente traducción.

PROCESO DE TRADUCCIÓN

Los primeros elementos que se trabajaron en la traducción de “Revolution” fueron su interpretación, seguido de su estructura y aquellos elementos que no requerían necesariamente del uso de procesos de traducción específicos, como veremos más adelante.

El hecho de que “Revolution” se inscriba en el contexto histórico de la época revolucionaria a fines del siglo XIX y principios del XX lo provee de un sistema de expectativas interpretativas bastante bien delimitadas, basadas también en elementos propios del autor y su ideología. “Revolution” aborda los acontecimientos ocurridos en los años mencionados anteriormente y se enfoca principalmente en el creciente interés en la ideología socialista por parte de la clase trabajadora y algunos intelectuales, London entre ellos. London era un ferviente partidario del socialismo y dicho favoritismo quedó plasmado tanto en sus novelas como en sus discursos y ensayos: “Revolution”, la novela The Iron Heel o incluso el cuento “Goliah” son ejemplos claros de esto. De esta forma es posible ver cómo es que alrededor de London y sus obras literarias se crea un sistema definido de expectativas interpretativas en donde encontramos una sola vía, en la cual la

posibilidad de caer en confusiones que acarrearían serios problemas de interpretación es casi nula. Lo mismo sucede si tomamos a “Revolution” como parte de la tradición literaria afín a la clase obrera y sus movimientos de fines del siglo XIX y principios del XX, lo cual delimita aún más su campo interpretativo.

En cuanto a la estructura del texto: la puntuación encontrada en “Revolution” es un tema principal en su traducción ya que en este ensayo London emplea una estructura sencilla en la mayoría de sus oraciones, las cuales se vuelven ocasionalmente cortas, lo cual debió ser de gran utilidad a la hora de utilizar al ensayo como discurso. Dicha sencillez en las oraciones es lo que también provee al ensayo de fuerza, determinación y seguridad en la presentación de los argumentos expuestos en él, con un ritmo marcadamente pausado. Esta situación en particular me motivó en muy pocas ocasiones a modificar la estructura del original, suprimiendo algunas pausas entre oraciones en momentos en los que dicha acción no afectara y, por el contrario, permitiera una lectura más fluida pero que al mismo tiempo contuviera la determinación del original. Sin embargo, estoy consciente de que dicha estructura es útil como elemento que reafirma los argumentos expuestos, por lo cual he decidido mantener esa característica gran parte del tiempo.

Otro aspecto primordial fue el vocabulario empleado en el original, la constante repetición y elección específica del mismo así como de imágenes y referencias propias de la cultura e historia del pueblo estadounidense. Si bien el vocabulario empleado en “Revolution” no es generalmente complicado, sí contiene una considerable cantidad de referencias culturales de gran significado para el lector original. En el caso de dichas referencias se optó la mayoría de las veces por convenciones dado que la mayoría de ellas

tenían que ver con símbolos nacionales cuyos significados son bien conocidos o de fácil inferencia debido a su uso relacionado con elementos culturales (*spread eagle*), históricos (*Jeffersonian*) o incluso científicos y políticos (*caveman, modern man, political capitalist parties*, etc). Si bien London emplea un amplio abanico en su elección de vocabulario a lo largo de su ensayo es claro también que dicho vocabulario se encuentra delimitado por la intención del autor de menospreciar a la clase capitalista y elevar a niveles casi heroicos a la clase trabajadora de fines del siglo XIX, dicha característica fue respetada en la traducción. Algunos ejemplos de dicha situación serían el uso que London le da a *great, mighty, uplift, prattled, lulled, dwarf, swell, add, management*, empleados a lo largo de todo el ensayo y cuyo uso marca un obvio favoritismo hacia los representantes de la ideología compartida por London. En un apartado diferente trataré con mayor profundidad aquellas decisiones de vocabulario en las que diferentes procesos de traducción fueron necesarios.

Es importante resaltar que, además del vocabulario, también fue de principal importancia lograr una equivalencia en la constante repetición de palabras, la cual se resolvió al sincronizar dichos elementos en el texto meta basándome en el original. Es decir, se encontraron los diferentes momentos en los que un concepto era utilizado en el texto original y se determinó si este mismo concepto era repetido constantemente sin ninguna especie de modificación gramatical o sintáctica, para luego realizar un proceso de efecto espejo, gracias al cual se encontraría el mismo concepto, traducido, en el espacio correspondiente en el texto original.

En el siguiente apartado abordaré decisiones de traducción más específicas, en las cuales se vieron involucrados determinados procesos de traducción debido a la

interacción entre elementos literarios, culturales y contextuales que existen en el texto original y por lo tanto deben ser tomados en cuenta para la traducción.

DECISIONES DE TRADUCCIÓN

En cuanto a las decisiones de traducción tomadas en “La revolución”, traducción del ensayo “Revolution” de Jack London, van desde el “análisis, la transferencia y la reestructuración del texto original” (Toury 168), elementos que ya fueron analizados en el apartado anterior, hasta la misma contextualización de la obra dentro del momento histórico en el que ésta se inscribe; de la misma forma es necesario también tener en cuenta al lector meta y su propia contextualización. La justificación presentada a continuación se centra en las decisiones que pudieran tener más que ver con elementos literarios y culturales y la forma en la que dichos elementos interactúan, definen el texto y marcan el camino a seguir durante el proceso de traducción.

Las decisiones finales del proceso de traducción fueron tomadas considerando siempre el objetivo de mi traducción, basado en mantener el mensaje ideológico del texto original a la vez que se procura el acercamiento del texto al lector mexicano contemporáneo con la ayuda de ciertos procedimientos de traducción. Con base en dicho objetivo, durante el proceso de traducción fue necesario emplear algunas técnicas y procedimientos de traducción mencionados anteriormente y los cuales serán abordados en este apartado con mayor profundidad.

La toma de decisiones en traducción siempre implica la ganancia o pérdida de elementos textuales, de significado o sentido que pueden obtenerse o no del original, ocasionalmente sacrificando imágenes por significado o viceversa, por poner un ejemplo.

Dicha ambivalencia es determinada por la búsqueda de elementos que propicien un resultado favorecedor en la traducción, el objetivo planteado para la misma y su posterior lectura.

Una vez más, la repetición de vocabulario en el ensayo se hace presente, sin embargo ahora intervienen factores más complejos y básicos, cómo es el uso práctico de las palabras y la interacción de elementos literarios, culturales e incluso contextuales; es el caso concreto de *modern man y caveman*²:

But all this is like so much cobwebs to the bourgeois mind. As it was blind in the past, it is blind now and cannot see not understand. Well, then, let the indictment be stated more definitely, in terms sharp and unmistakable. In the first place, consider the *caveman*. He was a very simple creature. His head slanted back like an orang-utan's and he had but little more intelligence. He lived in a hostile environment, the prey of all manner of fierce life.

The *caveman*, with his natural efficiency of 1, got enough to eat most of the time, and no *caveman* went hungry all the time. Also, he lived a healthy, open-air life, loafed and rested himself, and found plenty of time in which to exercise his imagination and invent gods [...] The child of the *caveman* (and this is true of the children of all savage peoples) had a childhood, and by that is meant a happy childhood of play and development.

And now, how fares *modern man*? Consider the United States, the most prosperous and most enlightened country of the World. In the United States there are 10,000,000 people living in poverty... No *caveman* ever starved as chronically as they starve, ever slept as vilely as they sleep, ever festered with rotteness and disease as they fester, nor even toiled as hard and for as long hours as they toil. (London 146)³

How fares the child of *modern man* in this most prosperous of lands? In the city of New York 50,000 children go hungry to school every morning. (London 148)

² Mis cursivas.

³ Para todas las citas de "Revolution", así como para la traducción, he utilizado la versión del ensayo que aparece en The Radical Jack London: Writings on War and Revolution. pp. 141-156. Las cursivas en todas las citas son mías.

So fares *modern man* and the child of *modern man* in the United States, most prosperous and enlightened of all countries on earth [...] Such misery was not true of the *caveman*. Then what has happened? Has the hostile environment of the *caveman* grown more hostile for his descendants? Has the *caveman's* natural efficiency of 1 for *food*-getting and *shelter*-getting diminished in *modern man* to one-half or one-quarter? [...] On the contrary, the hostile environment of the *caveman* has been destroyed. For *modern man* it no longer exists. (London 149) Nor since the day of the *caveman* has man's efficiency for *food*-getting and *shelter*-getting diminished. It has increased a thousand fold. Since the day of the *caveman*, matter has been mastered. (London 149)

From the *caveman* to the hand-workers of three generations ago, the increase in efficiency for *food* and *shelter*-getting has been very great [...] This being so, matter being mastered, man's efficiency for *food*-and *shelter*-getting being increased a thousand fold over the efficiency of the *caveman*, then why is it that millions of *modern men* live more miserably than lived the *caveman*? (London 150)

If *modern man's* *food*-and *shelter* getting efficiency is a thousand fold greater than that of the *caveman*, why, then, are there 10,000,000 people in the United States to-day who are not properly sheltered and properly fed? If the child of the *caveman* did not have to work, why, then, to-day, in the United States, are 80,000 children working out their lives in the textile factories alone? If the child of the *caveman* did not have to work, why, then, to-day, in the United States, are there 1,752,187 child laborers? (London 151)

En este caso London se aleja de la convención científica, a pesar de los diminutos guiños que hace en referencia a la teoría de la evolución de Charles Darwin durante el ensayo. London no utiliza *prehistoric man*, término quizás demasiado científico para su gusto, y decide utilizar un enfoque más vívido de cierto concepto: *caveman*, literalmente *hombre de las cavernas*, sin duda más cercano al imaginario popular y que lleva consigo toda una serie de imágenes que sin duda impactarían más al lector. Recordemos que London intenta acercarse lo más posible a sus camaradas revolucionarios, por lo cual es obvio que

intente utilizar un vocabulario más convencional, además de que él mismo recalca en el texto que pretende ser claro y conciso. También hay que recordar que usualmente, en inglés a diferencia del español, el uso de términos científicos es poco convencional. También hay que considerar que la decisión de London hace referencia a lo que podría ser considerado como ejemplo de una sociedad más justa y equitativa, a decir de él y cuyos primeros asentamientos se dieron en cavernas y lugares similares.

La decisión tomada en este caso fue *hombre moderno* y *hombre prehistórico*⁴ respectivamente. La intención de apegarme más a lo que London desarrolla en su texto y que influye directamente en el tono del mismo hace evidente la forma en la que *hombre de las cavernas* interfiere con dichas características, hecho que no sucede en el original. Decidí utilizar *hombre prehistórico* por la neutralidad que dicho concepto posee y que le permite no interferir con el tono del ensayo, tal como sucede con *caveman* en el original. *Prehistórico*, además de cumplir con la convención en español de utilizar términos más apegados a terminología científica (López Guix 268) también tiene que ver con la imagen que se pretende crear con dicho concepto; en la traducción *hombre de las cavernas* o *cavernícola* definitivamente no desempeñan el mismo papel que *caveman* en el original, la imagen pierde fuerza y se inclina más hacia el pequeño momento jocoso de un discurso que en nuestros días puede incluso recrear en la mente del receptor la imagen caricaturesca convencional del hombre prehistórico, imagen muy alejada de la que London recrea en su texto original. En cuanto al uso, tanto *prehistórico* como *hombre de*

⁴ Mis cursivas.

las cavernas o *cavernario* convergen en su significado según el Diccionario de la Real Academia Española⁵.

Lo mismo sucede con *modern man*; mi primera opción había sido *hombre actual*, cuya carga de significado se enfoca al tiempo presente, sin embargo mi rechazo a tal concepto fue casi inmediato debido al uso más comercial y banal del concepto, por lo cual *hombre moderno* fue la opción elegida, ya que a pesar de que podría tener cierto uso similar a la opción desechada en primera instancia (su uso es bastante similar a *actual* según el Diccionario de la Real Academia Española), contiene ligeramente menos carga de dicha acepción y es posible alejarla lo suficiente de dicho uso debido una vez más al uso en español de utilizar términos más cercanos a convenciones, en este caso dando un guiño al término *Edad Moderna*. Es claro ver que tanto *hombre actual* como *hombre moderno* pueden remitirnos casi inmediatamente a términos pertenecientes a la mercadotecnia de la época reciente, en donde productos provistos con toda una carga ideológica completamente ajena a lo encontrado en “Revolution” son dirigidos a grupos específicos de la población, que van desde revistas, accesorios deportivos o incluso productos de belleza. Sin embargo he considerado que de entre las dos opciones *hombre moderno* tiene la flexibilidad de funcionar en contextos similares a los del ensayo, característica que *hombre actual* definitivamente no comparte.

Para la mentalidad burguesa es difícil entender cómo sucedió todo esto. Así como fue ciega en el pasado, lo es ahora, no ve ni comprende. Entonces bien, dejemos bien asentado el cargo, de forma definitiva, que se entienda fácilmente, en palabras precisas y sólidas. En primer lugar, consideremos al *hombre*

⁵ Debido a la falta de una fuente más cercana o propia de la comunidad mexicana he utilizado el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española como diccionario principal en la realización de la presente traducción.

prehistórico. Era una criatura simple, con su protuberancia en la parte trasera del cráneo, como un orangután, pero un poco más inteligente. Vivía en un ambiente hostil, donde era la presa de cualquier otra forma de vida más salvaje que él. No contaba con herramientas o artefactos. Su capacidad intrínseca para conseguir alimento era, digamos, pobre. Ni siquiera cultivaba la tierra. Con su baja capacidad para conseguir alimento, tuvo que pelear con otros carnívoros, sus enemigos de alguna forma, para conseguir hogar y alimento. Debió lograrlo de algún modo, de otra forma no se hubiera reproducido y poblado todo rincón de la tierra con sus descendientes generación tras generación, hasta convertirse incluso en nosotros, en ti y en mí.

El *hombre prehistórico*, con su baja eficiencia, tuvo lo suficiente para comer la mayor parte del tiempo y ninguno de ellos pasó hambre todo el tiempo. También llevó una vida sana al aire libre, caminó y descansó en la naturaleza e incluso encontró tiempo suficiente para ejercitar su imaginación e inventar dioses. Es decir, no tuvo que trabajar todo el día para conseguir alimento. El hijo del *hombre prehistórico* (y de hecho esto es una verdad para todos los niños que viven en un ambiente primitivo) tuvo infancia, una infancia feliz llena de juegos y de desarrollo.

Y ahora, ¿cómo le va al *hombre moderno*? Por ejemplo, los Estados Unidos, el país más próspero y avanzado del mundo, cuenta con diez millones de personas que viven en la pobreza. Por pobreza se entiende la condición en la cual, debido a la falta de alimento y un hogar adecuado, el simple estándar en la eficiencia laboral no es estable. En los Estados Unidos existen diez millones de personas que no tienen qué comer. En los Estados Unidos existen diez millones de personas que, al no tener qué comer, no tienen la energía básica en sus cuerpos. Esto quiere decir que diez millones de personas se están muriendo lentamente, en cuerpo y alma, por el hecho de no tener qué comer. En toda esta vasta, próspera y avanzada tierra existen hombres, mujeres y niños que viven miserablemente. Cientos de ellos, miles, millones son segregados en todas las grandes ciudades, en barrios marginados en donde su miseria llega a lo inhumano. Ningún *hombre prehistórico* padeció tanto de hambre crónica como ellos la padecen, ni durmió tan vilmente como ellos duermen, o se infectó con las enfermedades y el desperdicio con la que ellos se infectan, ni mucho menos trabajaron tanto tiempo como trabajan ahora.

La decisión de utilizar *hombre prehistórico* y *hombre moderno* a pesar de que existieran opciones quizás más cercanas obedece, aparte de las razones mencionadas párrafos anteriores, simplemente a la intención de mantener un tono provisto de cierta seriedad y en el cual *hombre de las cavernas* y *hombre actual* no permiten alcanzar debido a las acepciones contextuales que el lector meta posee de dichos términos. Si bien en el caso de *caveman* pierdo el sentido de aquellas sociedades primigenias que a decir de London eran sociedades más justas, mi elección se basa en no permitir que el mensaje y el tono en el que éste se transmite se vean afectados por los usos actuales que *hombre de las cavernas* o *cavernario* podrían tener.

En cuanto a conceptos como *food and shelter* la decisión fue un poco más sencilla. El procedimiento se basó en guiarme por el significado esencial de dichos conceptos, los cuales se fundamentan en la necesidad primordial de todo hombre, mujer y niño de satisfacer necesidades básicas para su supervivencia. No queda espacio para otra traducción más que *hogar y alimento*, conceptos que realizan la misma función que los expresados en el original. Al revisar el diccionario encontré ligeras diferencias entre las diferentes opciones, sin embargo fueron *alimento*, que se refiere a lo consumido tanto por humanos como por animales para subsistir, palabra clave para entender mi decisión y *hogar* se refiere al lugar en donde se refugian personas regularmente emparentadas. Si bien podrían existir otras opciones que de igual forma expresaran lo escrito por London sin alterar el sentido o la intención, tales como *hogar y comida* o *techo y comida*, la decisión de utilizar *hogar y alimento* se basa principalmente en cuestiones estilísticas del traductor ya que el uso de alguna de las diferentes opciones en realidad no afecta sobremanera a la traducción ni interfiere con el objetivo de ésta:

En primer lugar, consideremos al hombre prehistórico. Era una criatura simple, con su protuberancia en la parte trasera del cráneo, como un orangután, pero un poco más inteligente. Vivía en un ambiente hostil, donde era la presa de cualquier otra forma de vida más salvaje que él. No contaba con herramientas o artefactos. Su capacidad intrínseca para conseguir *alimento* era, digamos, pobre. Ni siquiera cultivaba la tierra. Con su baja capacidad para conseguir *alimento*, tuvo que pelear con otros carnívoros, sus enemigos de alguna forma, para conseguir *hogar y alimento*. Debió lograrlo de algún modo, de otra forma no se hubiera reproducido y poblado todo rincón de la tierra con sus descendientes generación tras generación, hasta convertirse incluso en nosotros, en ti y en mí.

En cuanto a *sweet ideals and dear moralities*:

They have a keen sense of personal right, much of reverence for humanity, but little reverence, if any at all, for the rule of the dead. They refuse to be ruled by the dead. To the bourgeois mind their unbelief in the dominant conventions of the established order is startling. They laugh to scorn the *sweet ideals and dear moralities* of bourgeois society. They intend to destroy bourgeois society with most of its *sweet ideals and dear moralities*, and chiefest among these are those that group themselves under such heads as private ownership of capital, survival of the fittest, and patriotism – even patriotism. (London 142-3)

Como se puede ver, son conceptos encontrados en el original como elementos de la ideología capitalista en contra de la cual luchaban los revolucionarios. Se trata de conceptos que London ha dotado de una gran carga negativa en donde es posible reconocer en su mención cierta sorna y un claro afán de ridiculizar a los poseedores de dichas características. London enfatiza a lo largo de su ensayo lo diametralmente distintas que las ideologías en conflicto son, ambas con ideales y moral definida, y la hostilidad e ironía con la que London se refiere a *los dulces ideales y querida moral* de la clase capitalista es equivalente con lo encontrado en el original. Tales conceptos proporcionan

a la traducción el mismo sentido irónico del uso de adjetivos positivos con elementos ideológicos ambivalentes, carentes de credibilidad e incluso caducos, tal y como se encuentran representados en “Revolution”.

A estos revolucionarios los impulsa una enorme pasión. Tienen un agudo y muy personal sentido de la justicia y un gran respeto por la humanidad, pero poco, escaso respeto por las leyes de los muertos. Se rehúsan a ser regidos por los muertos. Para la mente burguesa, tal incredulidad hacia las convenciones dominantes del orden prevaleciente es alarmante. Los revolucionarios se mofan de los *dulces ideales y la querida moral* de la sociedad burguesa. Su propósito es destruir la sociedad burguesa, con todo y sus *dulces ideales y querida moral*, así como también buscan deshacerse de aquéllos que se aferran a términos como la propiedad privada del capital, la supervivencia del más apto y el patriotismo, así es, el patriotismo.

Sin embargo existen también conceptos cuyo significado pareciera tener sólo una pequeña variación a lo largo del texto original; son casos como los de *strength, might o power*, los cuales muestran cierta variación en la traducción, aun y cuando parecieran tener el mismo significado cada vez que aparecen en el original.

These are numbers which dwarf the grand armies of Napoleon and Xerxes. But they are numbers not of conquest and maintenance of the established order, but of conquest and revolution. They compose, when the roll is called, an army of 7,000,000 men, who, in accordance with the conditions of to-day, are fighting with all their *might* for the conquest of the wealth of the world and for the complete overthrow of existing society (London 141)

The comradeship of the revolutionists is alive and warm. It passess over geographical lines, transcends race prejudice, and has even proved itself *mightier* than the Fourth of July, spread-eagle Americanism of our forefathers. (London 142)

Here are 7,000,000 comrades in an organized, International, world-wide, revolutionary movement. Here is a tremendous human *force*. It must be reckoned with. Here is *power*. And here is romance – romance so colossal that it seems to

be beyond the ken of ordinary mortals. These revolutionists are swayed by great passion. (London 142)

Well may rulers and ruling classes pause and consider. This is revolution. And, further, these 7,000,000 men are not an army of paper. Their fighting *strength* in the field is 7,000,000. To-day they cast 7,000,000 votes in the civilized countries of the world. (London 143)

[...] The spiritual, intellectual, and artistic uplift consequent upon such a condition of society would be tremendous. All the human world would surge upward in a *mighty* wave. (London 152)

También es el caso de *lulled*:

It *lulled* its conscience to sleep with prattle of sweet ideals and dear moralities, and allowed the suffering and misery of mankind to continue and to increase. (London 152)

Antagonism never *lulled* revolution, and antagonism is about all the capitalist class offers (London 153)

En dichos casos la aparente simplicidad o poca complejidad del resultado en la traducción puede ser engañoso, ya que es en dichos ejemplos en donde podemos darnos cuenta del tono al que London aspira en su ensayo, y del cual es necesario obtener una semejanza que no debiera ser ignorada en el texto meta. El resultado es el siguiente:

Éstos son números que sin duda miniaturizan los vastos ejércitos de Napoleón y Jerjes. Sin embargo, en esta ocasión no se trata de números que conquistarán y preservarán un orden establecido, sino que conquistarán y revolucionarán. Llegado el momento conforman un ejército de siete millones de hombres que, de acuerdo con las condiciones actuales, pelearán con todo su *poderío* por la conquista de la riqueza mundial y el derrocamiento total de la sociedad actual. La camaradería de los revolucionarios es cálida y está llena de vida. No conoce límites geográficos, trasciende prejuicios raciales y ha probado ser más *poderosa* que la patriótica águila heráldica de nuestros próceres.

Tenemos entonces siete millones de camaradas en un movimiento revolucionario organizado, internacional y mundial. Tenemos una *fuerza* humana tremenda que no debe ser ignorada. Tenemos *poder*. Tenemos también ideales, ideales tan

colosales que incluso parecieran estar más allá del entendimiento de simples mortales. A estos revolucionarios los impulsa una enorme pasión.

Que la clase gobernante se detenga y lo considere. Esto es una revolución. Es más, estos siete millones de hombres no son un ejército de papel. Su *fuera* de batalla en acción es de siete millones de hombres, porque hoy en día se registran siete millones de votos en los países civilizados de todo el mundo.

El auge espiritual, intelectual y artístico que iría de la mano con dicha actitud en la sociedad sería tremendo. El mundo entero se levantaría en una *poderosa* ola. *Embruteció* su conciencia, la puso a dormir con la cantaleta de los dulces ideales y la querida moral y permitió que el sufrimiento y la miseria de la humanidad continuaran y se incrementaran.

Antagonismo, eso es lo único que la clase capitalista tiene que ofrecer, y el antagonismo nunca ha *entorpecido* la revolución.

El tono encontrado en el original va de la mano con las características del ensayo y el sistema de expectativas interpretativas mencionadas anteriormente. Es claro ver que en “Revolution” existe un tono que exalta y uno que menosprecia las ideologías en conflicto basado principalmente en la elección de palabras mediante las cuales expresa de forma más que clara su postura ante los acontecimientos descritos acerca del ámbito político de los Estados Unidos en aquel momento histórico. Para Jack London es sencillo: la clase trabajadora –afín al socialismo- es gloriosa, digna de halagos y capaz sólo de llevar a cabo acciones moralmente dignas y respetables. La clase gobernante –afín al capitalismo- es todo lo contrario, sus acciones son débiles, tontas y superfluas. Es básicamente bajo esta concepción que London describe, caracteriza y nos presenta a los dos bandos en conflicto en los albores del siglo XX, y es bajo dicha concepción que ha elegido su vocabulario con evidente favoritismo hacia el socialismo y del lado de los trabajadores, denostando el capitalismo y la clase gobernante mediante un directo y discriminante uso de vocabulario en una clara demostración de falta total de imparcialidad por parte de

London, característica que se vuelve elemento esencial de “Revolution”. En estos casos tomé la decisión de utilizar términos que enfatizaran el sentido y uso del vocabulario expuesto en el ensayo, privilegiando, como ya mencioné en apartados anteriores, el enfoque literario en mi traducción del ensayo.

La búsqueda de un vocabulario que lograra efectivamente la equivalencia con el original se convirtió también en una oportunidad para crear la familiaridad buscada mediante una clara influencia del traductor y su entorno político, social y cultural, e incluso su propio estilo, enfocado siempre en lograr tender el puente entre el texto original y la traducción, en este caso mediante un elemento básico: la elección de vocabulario. Así el tono es creado tanto en “Revolution” como en “La revolución”: mediante la elección de vocabulario que representa cada uno de los elementos ideológicos encontrados a lo largo del texto. De esta forma nos encontramos ante revolucionarios *letrados*, quienes llevan a cabo acciones *imponentes* y tienen gran *poderío*; en contraste, los gobernantes son *ciegos*, se encuentran *embrutecidos por el poder* y se conducen con *avaricia*. La elección de palabras por parte de London es clara en este aspecto, y el proceso de elección del vocabulario en la traducción siguió el mismo camino. Es por esto que en la traducción se requirió tratar de igualar el abanico expresivo de London para así recrear el argumento principal de “Revolution” y dar el sentido positivo o negativo propio de cada una de las ideologías presentadas en “Revolution”, con la finalidad de concretar el objetivo de mi traducción, el cual busca transmitir las ideas de la forma más apegada al original. Es prudente mencionar que en ciertos casos busqué explotar, por así decirlo, la marcada diferencia de elección de vocabulario no para mejorar el texto o evidenciar mi labor, sino para emplear dicha característica como

elemento crucial para tender los puentes necesarios que acercaran al lector a una traducción más cercana a su entorno inmediato.

Estrategias distintas fueron empleadas para conceptos como *spread-eagle Americanism, savage people, management, Populistic and Jeffersonian-Democratic, closed shop, open shop, Pinkertons*; si bien a primera vista nos encontramos ante palabras cuyos significados son fáciles de reconocer, de inferir o incluso indagar en su uso un significado práctico que nos permitiría comprender su aparición y efecto en el texto, es claro también que nos enfrentamos ante retos de traducción pertenecientes al hecho de que, a pesar de que en él se trata un tema que tiene un significado global, es también un texto que pertenece a una cultura, sociedad e historia distintas tanto del lector meta como del mismo traductor. Es entonces cuando en la traducción aparecen conceptos como adaptación y explicitación.

PROCEDIMIENTOS DE TRADUCCIÓN

En los ejemplos reproducidos al final del apartado anterior es claro ver que se trata de conceptos cuyo significado representa realidades distintas de las del lector meta, y que para lograr traducirlos se requiere de ciertas estrategias que facilitarán la labor del traductor y su objetivo de traducción. Se trata de retos derivados de la aparición de conceptos propios de una cultura distinta a la que se pretende acercar mediante su traducción y es claro que en este caso no es posible resolver el dilema de la misma forma que en los casos mencionados anteriormente. Se requiere de procedimientos que nos permitan acercar conceptos del texto original que tal vez no existen en el idioma meta, pero que pueden ser reconocidos e incluso recontextualizados según sea el caso. Dichos

retos pueden ser encontrados también como momentos propicios para realizar algunos cambios que podrían aportar un acercamiento todavía más efectivo al lector meta. Sin embargo, estos cambios no deben rebasar o alterar el mensaje principal o las ideas reflejadas en el ensayo, lo cual va en contra de mi objetivo en esta traducción. En el presente apartado explicaré en que consisten los retos de traducción, la forma en la que fueron encarados y la reflexión, explicación y justificación de cada una de las decisiones tomadas en cada caso.

Los procesos de adaptación y explicitación me permitirán acercarme al objetivo de mi traducción y aunque es necesario recordar que en la labor de traducir siempre hay pérdidas y ganancias, las pérdidas deben asimilarse en función de lo que se gana y de cómo dichas ganancias facilitan alcanzar el resultado planteado como objetivo de traducción. ¿Perder una imagen elaborada a cambio de un concepto de fácil comprensión para el lector meta? ¿Mantener la complejidad de una metáfora para mantener el texto intacto? ¿Crear vacíos en el texto meta al negarse a realizar una adaptación o una explicitación? ¿Dejar que sea el lector quien se encargue de llenar dichos vacíos? Y de ser así, ¿cómo justificar la negativa a utilizar dichas estrategias? Todo es acerca de ganancias y pérdidas y de cómo explotar lo ganado lo suficiente para mitigar lo perdido y cumplir con el objetivo de la traducción planteado desde el inicio.

Traducir “Revolution” implica recrear sucesos e ideas que contienen aspectos particulares de un país en una época determinada; hablamos tanto de cultura, historia – pasado y presente incluidos- y sociedad, y es a dichos elementos que el traductor debe prestar especial atención y decidir si debe suprimir todo lo ajeno encontrado en el texto original para acercarlo lo más posible al lector meta y su entorno inmediato,

proporcionando quizás los elementos necesarios para identificarse con el texto traducido en primera instancia y por consiguiente con el texto original. Es entonces cuando adaptar y explicitar son procedimientos útiles durante el proceso de traducción.

Adaptar es un procedimiento cuya finalidad es replantear efectivamente una idea o concepto que de alguna manera se encuentra ausente en el contexto del lector meta. Dicha ausencia de equivalencia directa es principalmente derivada de las diferencias culturales que existen entre el original y su traducción. Adaptar me permite concentrarme en el objetivo de la traducción, ya que me es posible llenar vacíos conceptuales con el fin de lograr transmitir la idea primordial del texto a traducir. Explicitar es un proceso que requiere de más cambios en la traducción, sin embargo es un procedimiento que busca omitir cualquier tipo de carencia de equivalencia entre conceptos de una lengua y otra hasta en elementos gramaticales o estructurales del texto original mediante una explicación, dentro de la misma traducción, de conceptos que pudieran ser completamente extraños para el lector meta, con la finalidad de entregar un texto en el que es la transmisión de ideas lo que se privilegia y en donde todo elemento extraño es anulado.

Es gracias a dichas estrategias que el traductor tiene la oportunidad de recrear el texto original en función de lo que se desee obtener como producto final, ya sea que en ocasiones se decida suprimir cualquier elemento extraño del original y adaptarlo o explicitarlo para el lector meta. Pero, ¿qué sucede cuando algún concepto no puede ser adaptado? O incluso más importante, ¿se trataría en realidad de una traducción? ¿Será *el patriotismo del águila heráldica de nuestros próceres* una adaptación eficiente de *Fourth of July, spread-eagle Americanism of our forefathers?*:

They call themselves ‘comrades’, these men, comrades in the socialist revolution. Nor is the word empty and meaningless, coined of mere lip service. It knits men together as brothers, as men should be knit together who stand shoulder to shoulder under the red banner of revolt. [...] The comradeship of the revolutionists is alive and warm. It passes over geographical lines, transcends race prejudice, and has even proved itself mightier than the *Fourth of July, spread-eagle Americanism of our forefathers* (London 142)

¿O *management* y *mismanaged* son conceptos eficazmente adaptados al lector mexicano contemporáneo con conceptos como *gobierno* y *mal-gobernado*, al igual que *savage peoples* funciona como lo hace el término *primitivo*?

The capitalist class has *managed* society, and its *management* has failed. And not only has it failed in its *management*, but it has failed deplorably, ignobly, horribly. (London 145)

It is a true count in the indictment. The capitalist class has *mismanaged*, is to-day *mismanaging* (London 151)

The caveman, with his natural efficiency of 1, got enough to eat most of the time, and no caveman went hungry all the time. Also, he lived a healthy, open-air life, loafed and rested himself, and found plenty of time in which to exercise his imagination and invent gods [...] The child of the caveman (and this is true of the children of all *savage peoples*) had a childhood, and by that is meant a happy childhood of play and development. (London 146)

La imagen del *águila heráldica* es una imagen que puede contener infinidad de significados, algunos de ellos conllevan toda una carga histórica y cultural que en aspectos esenciales se asemeja bastante al contexto del lector meta. Se trata del ave, en majestuoso momento, como símbolo de nación y de los forjadores mismos de ésta, elemento que es resaltado todavía más con la inserción del adjetivo *patriótica*. De este modo la decisión se centra en la exaltación de valores y el simbolismo propio de un país.

Si bien London ataca en su ensayo en repetidas ocasiones conceptos como el de patriotismo también lo encontramos añorando el pasado, supuestamente libre de ambiciones materiales; considerando ambos elementos la decisión se encamina hacia realizar una traducción que permita desarrollar una referencia inmediata al simbolismo encontrado en el original, el cual a su vez es vagamente compartido con el de mi lector meta, lo que me permite realizar lo que pareciera ser una traducción literal del original con la ventaja de que dicha elección mantiene el sentido del original pues no se pierde un ápice de la sencilla pero al mismo tiempo elaborada imagen creada por London:

Estos hombres se llaman a sí mismos “camaradas”, camaradas de la revolución socialista. La palabra no es vana o insignificante, ni acuñada con hipocresía. Esta palabra une a los hombres como hermanos, justo como los hombres deberían unirse cuando caminan hombro con hombro bajo la bandera roja de la revuelta. Por cierto, esta bandera roja simboliza la hermandad del hombre y no el proceder incendiario con el que la temerosa mente del burgués la asocia inmediatamente. La camaradería de los revolucionarios es cálida y está llena de vida. No conoce límites geográficos, trasciende prejuicios raciales y ha probado ser más poderosa que *el patriotismo del águila heráldica de nuestros próceres*.

Malgovernado y *malgobierno* son sin duda expresiones que al menos dos generaciones pasadas de mexicanos hemos escuchado en infinidad de discursos de naturaleza rijosa. No dudo que sea un término utilizado incluso hace más de las dos generaciones mencionadas anteriormente; sin embargo, me parece importante recalcar su vigencia ya que es en eso que se basa la decisión de utilizarlo. London utiliza *managed* y *mismanaged*, la acepción empresarial que se le da a dichos términos en las últimas décadas no es fortuita, aunque tampoco pudiera ser la única. La terminología empleada posee un uso relacionado con llevar las riendas de una nación, de tripular la nave-nación,

de guiar y de gobernar naciones; este caso se volvió un momento propicio para recontextualizar el texto en búsqueda del acercamiento del mismo hacia el lector meta. La adaptación en este caso tiene que ver con una adaptación más que nada temporal y de franco acercamiento a términos que serán fácilmente reconocidos por mi lector meta y que no se alejan del original. Podría perderse quizás la leve insinuación al ámbito empresarial mencionado brevemente en líneas anteriores, pero dicha conexión no es fundamental para la exitosa interpretación del lector de lo que en esencia London se encuentra argumentando, además de que las conexiones hechas con la adaptación realizada por mí pueden llegar a resultar incluso más productivas en cuanto a familiaridad considerando al lector meta y su contexto.

Hay verdad en la acusación. La clase capitalista ha *malgovernado*, y sigue *malgovernando* hoy en día. En la ciudad de Nueva York cincuenta mil niños van hambrientos a la escuela, y es en la ciudad de Nueva York donde existen 1,320 millonarios. Sin embargo, el punto no es que la mayoría de la humanidad sea pobre debido a que la clase capitalista se haya quedado con la riqueza producida.

El caso de *savage peoples* es especialmente complicado debido a la naturaleza y el alcance de dicho concepto así como su uso en el contexto en el que se desarrolla la traducción. London lo utiliza en un momento clave de su ensayo en el que establece diferencias notables entre la calidad de vida de la población del mundo prehistórico y la de los albores del siglo XX. Sin embargo, London no utiliza *caveman* sino *savage peoples*, aparentemente marcando una diferencia entre el hombre prehistórico, el hombre moderno -que se encuentra en las ciudades- y las demás personas que no viven en las ciudades y que de una forma u otra se encuentran alejadas tanto de los avances tecnológicos como de los acontecimientos cotidianos a los que London hace referencia en

“Revolution”. London utiliza en su ensayo *civilized* y *enlightened*, y el hecho de que no lo haga en este momento es particularmente interesante y refleja quizás un aspecto diferente al que pretende llegar mediante dicha elección. Es obvio que *savage* se contrapone tanto a *civilized* como a *enlightened*, sin embargo London no utiliza antónimos obvios sino que decide utilizar un concepto que en la actualidad suele considerarse inapropiado o políticamente incorrecto y es precisamente eso lo que convierte dicha circunstancia en una decisión compleja que refleja claramente una situación que puede afectar la traducción. El hecho es que como traductor puedo comprometer el mensaje y la o las ideas encontradas en el original debido a mis creencias o a mi bagaje de lo que considero políticamente correcto, sin que esto tenga algo que ver con el objetivo de la traducción. Es algo a lo que se está constantemente expuesto, y el riesgo es que parezca que incluso me encuentro corrigiendo lo escrito por London hace ya más de 100 años, lo cual intento evitar a toda costa ya que representaría, además de un obstáculo para el objetivo de mi traducción, una decisión que sólo acarrearía pérdidas. Aun así, *gente salvaje* me pareció exagerado de la misma forma que *ambiente rural* me parece a estas alturas demasiado condescendiente (a pesar de que según el Diccionario de la Real Academia Española *rural* sería la opción a elegir ya que lo define como “perteneciente o relativo a la vida del campo y sus labores”). Es por eso que decidí buscar conceptos que funcionaran de la misma manera que *savage peoples* funciona en el original al mismo tiempo que me obligo a dejar de lado mi subjetividad; es entonces cuando surgen *incivilizado* y *primitivo* como opciones factibles. *Incivilizado* posee un significado que, a pesar de lo que se pudiera creer, no es del todo equivalente con lo escrito por London, ya que se refiere a la carencia total de civilidad o civilización,

elementos que quedan fuera de lo dicho en el original. *Primitivo* por el otro lado es la opción que más se acerca al original, ya que se inserta casi inmediatamente en el argumento de London cuando debate acerca de la calidad de vida de la prehistoria y de la época moderna; el Diccionario de la Real Academia Española presenta a *primitivo* como “perteneciente a los pueblos aborígenes o de civilización poco desarrollada”. Como ganancia, puedo decir que dicha opción no distrae al lector como podría hacerlo *incivilizado* o *rural*, aunque sí se pierde la idea de conectar y establecer las diferencias marcadas por London entre la población de la ciudad y la que se encuentra fuera de ésta a principios del siglo XX.

El hijo del hombre prehistórico (y de hecho esto es una verdad para todos los niños que viven en un *ambiente primitivo*) tuvo infancia, una infancia feliz llena de juegos y de desarrollo.

Un ejemplo similar a éste es el siguiente caso:

President Roosevelt vaguely sees the revolution, is frightened by it, and recoils from seeing it. As he says: ‘Above all, we need to remember that any kind of class animosity in the political world is, if possible, *even more wicked, even more destructive to nacional welfare, than sectional, race or religious animosity*’.
(London 154)

Y su traducción:

El presidente Roosevelt apenas ve la revolución, ésta le asusta y se guarece al verla. Declara: “Sobre todas las cosas debemos recordar que, en la política, cualquier tipo de conflicto de clases es, *si es posible, más perjudicial y más destructivo, en cuanto al bienestar de la nación se refiere, que la hostilidad racial, religiosa o separatista*”.

Dicha opción sin duda funciona, aun y cuando podría tratarse de una traducción literal del original. Sin embargo, la expresión *debilita al país*, una de esas expresiones que se ha convertido en casi una marca registrada de políticos y funcionarios, de alto nivel incluso, en discursos en los que, de la misma forma que lo hace el presidente Roosevelt, enfrentan aquellas ideas que parecieran ser los verdaderos enemigos de una nación, aparece como una solución que me permite dar un acercamiento temporal del original al contexto del lector meta. Dicha expresión es una convención más que actual y el lector meta no me dejará mentir en este aspecto, por lo cual he decidido emplearla, con el siguiente resultado:

El presidente Roosevelt apenas ve la revolución, ésta le asusta y se guarece al verla. Declara: “Sobre todas las cosas debemos recordar que, en la política, cualquier tipo de conflicto de clases debilita más al país, si es posible, que la hostilidad racial, religiosa o separatista”.

Sacrificar lo *destructivo* tanto del original como de la primera opción de traducción me parece bastante aceptable si se logra una referencia temporal y efectiva en cuanto a la recreación de un discurso político que satisfaga lo que el original logró en su momento: demostrar la demagogia en la que gran parte de los discursos políticos suelen caer.

De nuevo, al utilizar ciertos elementos, como el explicado recientemente, que propician un acercamiento de la traducción al lector, podría parecer que realizo cambios que alteran de forma importante lo dicho en el original. Dichos cambios han sido llevados a cabo con el mero fin de lograr una adaptación temporal de la obra original para acercarme al objetivo de mi traducción, con lo que se obtiene como ganancia la inmediatez de las referencias temporales propias del entorno del lector meta. El hecho de que decida realizar adaptaciones temporales o culturales no significa, en lo absoluto, que

exista en mí cierta intención de mejorar el texto original, sino que debe quedar claro que se realizan las adaptaciones que se consideran pertinentes sólo para que, ocasionalmente, sea el texto mismo el que facilite el acercamiento del lector al mismo mediante referencias claras que apelan a su propia contextualización.

Pero, ¿qué pasa cuando una adaptación no es suficiente? La decisión del traductor de realizar una explicitación en su traducción debe ser una de las más difíciles de tomar durante su proceso debido a que podría ser tomada como una clara insinuación de menosprecio hacia el lector. ¿Por qué habría que explicar un concepto o una expresión al lector? Quizás el concepto o la expresión en verdad no existan en la cultura del lector meta y en ese caso sería necesario llevar a cabo la explicitación. Quizás sí existen, pero aun así continúan siendo oscuros, engañosos o complejos, lo cual representa un enorme obstáculo en la traducción. La decisión de explicitar o no en “La revolución” se basa en dos razones: llenar los vacíos culturales que se consideraran débilmente llenados mediante una adaptación y a la vez mantener la sensación de que se trata de un texto que si bien contiene ideas globales se centra también en un momento y cultura específicas de los cuales hay que mantener ciertos conceptos. Es el caso que presento a continuación:

The so-called great middle class is a growing anomaly in the social struggle. It is a perishing class (wily statisticians to the contrary), and its historic mission of buffer between the capitalist-and working-classes has just about been fulfilled. Little remains for it but to wail as it passes into oblivion, as it has already begun to wail in accents *Populistic and Jeffersonian-Democratic*. The fight is on. The revolution is here now, and it is the world's workers that are in revolt. (London 145)

Thomas Jefferson, prócer del pueblo estadounidense, es también representante de una política que buscaba la igualdad entre todos los hombres y mantenía una postura en

contra de los privilegios aristocráticos y la corrupción existente en los Estados Unidos antes y después de su independencia, ideas que habrían desaparecido para el momento en que “Revolution” vio la luz. A pesar de que las probabilidades de que el lector meta sea consciente de lo que la figura de Thomas Jefferson implique dentro del ensayo son pocas, sí considero que es una referencia necesaria en la traducción, y si resultara ser bastante oscura o extraña espero que con lo explicado brevemente sobre estas líneas sea suficiente para el lector, aunque éste puede sentirse totalmente libre de esclarecer cualquier duda por su cuenta si lo cree necesario. El resultado es el siguiente:

La supuestamente llamada grandiosa clase media es una creciente anomalía en esta lucha social. Es una clase agonizante (a pesar de lo que digan las astutas estadísticas), cuya histórica misión de mantener una saludable distancia entre la clase capitalista y la trabajadora ha sido cumplida recientemente. Poco le queda más que exhalar sus agónicos lamentos mientras se pierde en el olvido, como lo ha hecho ya la democracia popular *jeffersoniana*. La lucha ha comenzado. La revolución está aquí ahora, y son los trabajadores del mundo quienes se han rebelado.

Casos más problemáticos de explicitación son los términos *closed shop* y *open shop*. Con dichos términos nos adentramos en el mundo sindical/gremial de los Estados Unidos, el cual mantiene claras diferencias con su similar mexicano. Ambos términos se refieren a dos clases de empresas o consorcios en los que se contaba con dos tipos de agrupaciones gremiales, una independiente y otra *adherente*⁶ a la empresa o consorcio. La afiliación del trabajador a dicho sindicato *adherente* era requisito indispensable para su contratación y permanencia en el trabajo, es decir, dicho sindicato se encontraba subordinado al patrón:

⁶ Mis cursivas.

Instead of compromising, instead of lengthening its lease of life by conciliation and by removal of some of the harsher oppressions of the working-class, it antagonizes the working-class, drives the working-class into revolution. Every broken strike in recent years, every legally plundered trades-union treasury, every *closed shop* made into an *open shop*, has driven the members of the working-class directly hurt over to socialism by hundreds and thousands. (London 153)

La explicitación en este caso no fue suficiente, por lo que se optó por adaptar los conceptos basándome completamente en el contexto del lector meta y lograr una equivalencia funcional entre el original y la traducción. En México, al carecer de un sistema gremial parecido al estadounidense que, dicho sea de paso, ha cambiado bastante desde hace 100 años, las opciones que resultan de cierta forma eficaces son *sindicato independiente* y *sindicato adherente*, términos que aunque no manifiestan con exactitud lo que sucedía con los sindicatos en Estados Unidos en aquella época sí contienen elementos que permitirán al lector meta tener una noción, un poco alejada quizás de lo que *closed shop* y *open shop* significan en realidad, pero que resulta efectiva hasta cierto punto. En este caso es la experiencia del lector meta con el término *sindicato independiente* la que permitirá la comprensión elemental de lo que acontecía en la vida sindical de los Estados Unidos a fines del siglo XIX y es de esta forma que se logra adaptar términos inexistentes quizás de una sociedad a otra para mantener, aunque sea de manera un poco artificial, el contenido del original.

Ningún depuesto gobernante o clase social del pasado tomó en cuenta a la revolución que lo depuso, justo como lo hace la clase capitalista hoy en día. En lugar de conciliar, de llegar a acuerdos o detener la agresiva represión hacia la clase trabajadora para asegurar un poco más su existencia, la clase capitalista se declara enemiga a muerte de la clase trabajadora, orillando a ésta a la revolución. Cada huelga desconocida en años recientes, cada saqueo legal a los fondos

sindicales, cada *sindicato independiente* desconocido, todo esto ha conducido a cientos, miles de miembros de la lastimada clase trabajadora al socialismo.

Pasaré ahora a un ejemplo en el que decidí no explicitar ni adaptar:

How can the capitalist class, in the minority, stem this tide of revolution? What has it to offer? What does it offer? [...] bribery in every legislature for the purchase of capitalist legislation, bayonets, machine-guns, policemen's clubs, professional strike-breakers, and armed *Pinkertons* – these are the things the capitalist class is dumping in front of the tide of revolution, as though, forsooth, to hold it back. (London 152-3)

Y su traducción:

¿Cómo puede la clase capitalista, siendo una minoría, detener la ola de la revolución? ¿Qué tiene ésta que ofrecer? ¿Qué ofrece? [...] sobornos en todas las instancias de gobierno para lograr que se establezcan más leyes que apoyen al capitalismo; bayonetas, metralletas, macanas, rompe-huelgas profesionales y *Pinkertons*. Todo esto es lo que la clase capitalista arroja al camino de la ola de la revolución, para intentar obstaculizar su avance, para intentar detenerla.

Las opciones fueron: *detectives privados* y *policías infiltrados*, ambas soluciones efectivas que permiten una referencia lo suficientemente clara para el lector. El término se refiere a los elementos pertenecientes a la agencia de detectives privados creada por Allan Pinkerton, cuyos servicios fueron más que requeridos durante los años en que los conflictos laborales se encontraban en pleno apogeo y cuya misión era eliminar, poco a poco, a los principales líderes sindicales cuyas acciones incomodaban a los grandes empresarios. Aunque el término *Pinkerton* puede resultar demasiado extraño, he considerado suficientemente importante que aparezca tal cual en la traducción ya que perderlo podría significar el hecho de omitir un importante aspecto de los métodos represivos laborales en la época retratada en el ensayo; además, espero crear un poco de

interés del lector por dicha agrupación pseudo-policial cuyas prácticas pueden llegar a ser bastante familiares en su contexto hoy en día. Es por eso que he decidido no traducir el término, sin embargo he decidido explicarlo brevemente mediante una nota al pie de página.

NOTA FINAL

El hecho de traducir mediante el uso de una estrategia u otra, de adaptar o explicitar o incluso de no hacerlo tiene que ver con el proceso de traducción en conjunto. La ausencia o existencia e incluso un uso excesivo de alguna de estas dos estrategias de traducción o alguna otra no determina el éxito o el fracaso del producto final, pero definitivamente sí es de gran ayuda para el proceso en conjunto. Las estrategias y las decisiones tomadas durante el proceso de traducción de “Revolution” obedecieron principalmente a la búsqueda de transmitir el mensaje del original a un público que si bien puede no compartir gran parte de los elementos culturales e históricos pertenecientes al original, sí logra encontrar elementos comunes que logran trascender dichas características y enfocarse en la transmisión de las ideas contenidas en el original, elemento primordial de mi objetivo de traducción.

Es gracias a la labor del traductor que nos damos cuenta que en realidad existen ideas que se comparten en diferentes regiones del mundo y son también ideas que logran prevalecer por muchos años, sin importar el idioma o género en que se encuentran plasmadas, lo cual fue de gran ayuda en los distintos momentos en los que decidí optar por elementos que sirvieran para tender un puente de familiaridad entre el texto original, su traducción y el lector meta. Las ganancias y las pérdidas obtenidas durante el proceso

de traducción fueron sopesadas teniendo en mente el objetivo principal de la traducción: acercar al lector mexicano contemporáneo a las ideas contenidas en un ensayo con más de un siglo de antigüedad, ideas que han perdurado a través de los años y que demuestran que algunas luchas no son nuevas y que, al igual que las ideas, éstas perduran y es posible darnos cuenta de ello, en gran medida, gracias al trabajo de aquellos a quienes lo acontecido a su alrededor no les fue ajeno.

BIBLIOGRAFÍA.

- Adams, Willi Paul. Historia Universal Siglo XXI: Los Estados Unidos de América. Traducción de Máximo Cajal y Pedro Gálvez. México, Siglo Veintiuno Editores. 1992.
- Real Academia Española. Diccionario de la lengua española (22ª ed.). Madrid, España. 2001.
- Hellman, Manfred, et.al. Historia Universal Siglo XXI: Rusia. Traducción de María Nolla. México, Siglo Veintiuno Editores. 1992.
- Hirsh, E. D. Jr. Validity of Interpretation. New Haven, Yale University Press. 1967.
- López Guix, Juan Manuel, Jacqueline Minett Wilkinson. Manual de Traducción Inglés/Castellano: Teoría y práctica. Barcelona, Gedisa. 1997.
- Mommsen, Wolfgang J. Historia Universal Siglo XXI: La época del Imperialismo, Europa 1885-1918. Traducción de Genoveva y Antón Dieterich. México, Siglo Veintiuno Editores. 1992.
- Palmade, Guy. Historia Universal Siglo XXI: La época de la Burguesía. Traducción de Santiago Puga. México, Siglo Veintiuno Editores. 1992.
- Raskin, Jonah. The Radical Jack London: Writings on War and Revolution. Berkeley, University of California Press. 2008.
- Zinn, Howard. A People's History of the United States: 1492-Present. New York, Harper Perennial Modern Classics. 2005.

LA REVOLUCIÓN

*“El presente es suficiente para las almas comunes,
quienes al nunca ver hacia adelante, sin duda sólo
son la arcilla en donde las huellas de su era
son eternamente petrificadas”.*

Recibí una carta el otro día. Era de un hombre en Arizona. Comenzaba: “Mi camarada”. Terminaba: “Al servicio de la revolución”. Mi respuesta a dicha carta comenzaba “Mi camarada” y terminaba “Al servicio de la revolución”. En los Estados Unidos hay cuatrocientos mil hombres que comienzan sus cartas con la frase: “Mi camarada” y la terminan con la frase: “Al servicio de la revolución”; si contamos a las mujeres, serían casi un millón de hombres y mujeres que comienzan sus cartas de esta forma. En Alemania hay tres millones de hombres que comienzan sus cartas diciendo “Mi camarada” y terminan “Al servicio de la revolución”; lo mismo sucede en Francia con un millón de hombres, en Austria son ochocientos mil, en Bélgica trescientos mil, en Italia doscientos cincuenta mil, en Inglaterra cien mil, en Suiza cien mil, en Dinamarca cincuenta y cinco mil, en Suecia cincuenta mil, en Holanda cuarenta mil, en España treinta mil. Todos ellos camaradas. Revolucionarios.

Éstos son números que sin duda miniaturizan los vastos ejércitos de Napoleón y Jerjes. Sin embargo, en esta ocasión no se trata de números que conquistarán y preservarán un orden establecido, sino que conquistarán y revolucionarán. Llegado el momento conforman un ejército de siete millones de hombres que, de acuerdo con las condiciones actuales, pelearán con todo su poderío por la conquista de la riqueza mundial y el derrocamiento total de la sociedad actual.

Nunca ha existido una revolución como ésta en toda la historia del mundo. No hay comparación entre esta revolución y la revolución estadounidense o francesa. Ésta es única, colosal. Comparar esta revolución con otras es como comparar meros asteroides con el sol. Es única en su clase. La primera revolución mundial en un mundo cuya historia está repleta de revoluciones. Y no sólo eso, sino que éste es el primer movimiento humano que se convierte en un movimiento mundial, cuyos límites son impuestos sólo por los límites del planeta.

Esta revolución no es igual a otras en muchos aspectos. No es esporádica. No sólo es la flama de algún descontento popular, que se enciende un día y al siguiente se extingue. Se originó generaciones atrás. Tiene historia y tradiciones propias, así como una lista de mártires que posiblemente sea apenas menos larga que la de los mártires cristianos. Cuenta también con una literatura propia, infinitamente más imponente, científica y letrada que cualquiera de las revoluciones previas.

Estos hombres se llaman a sí mismos “camaradas”, camaradas de la revolución socialista. La palabra no es vana o insignificante, ni acuñada con hipocresía. Esta palabra une a los hombres como hermanos, justo como los hombres deberían unirse cuando caminan hombro con hombro bajo la bandera roja de la revuelta. Por cierto, esta bandera roja simboliza la hermandad del hombre y no el proceder incendiario con el que la temerosa mente del burgués la asocia inmediatamente. La camaradería de los revolucionarios es cálida y está llena de vida. No conoce límites geográficos, trasciende prejuicios raciales y ha probado ser más poderosa que el patriotismo del águila heráldica de nuestros próceres. La clase obrera socialista francesa y alemana se olvida de Alsacia y Lorena y, cuando aparece la amenaza de guerra, ellos mismos declaran la inexistencia de

cualquier conflicto entre ellos como clase obrera y camaradas. Hace unos días, cuando Japón y Rusia se lanzaron a sus respectivas yugulares, los revolucionarios japoneses enviaron el siguiente mensaje a sus pares rusos: “Queridos camaradas: Nuestros gobiernos se han visto recientemente envueltos en una guerra que sólo obedece a sus inclinaciones imperialistas, pero para nosotros, los socialistas, no existen fronteras, razas, países o nacionalidades. Somos camaradas, hermanos y hermanas sin razón alguna para pelear. Su enemigo no es el pueblo japonés, sino nuestro belicismo y supuesto patriotismo. El patriotismo y el belicismo son nuestro enemigo común”.

En enero de 1905 los socialistas llevaron a cabo por todo Estados Unidos reuniones multitudinarias en las que se expresaba la simpatía por sus camaradas revolucionarios rusos en combate. En dichas reuniones también se echó a andar la maquinaria de la guerra, recolectando y enviando dinero a los líderes rusos.

El llamado a la cooperación en sí y su pronta respuesta fue una impactante y práctica demostración de la solidaridad internacional hacia la revolución mundial: “Cualquiera que sea el resultado inmediato del conflicto actual en Rusia, el socialismo en aquel país ha recibido un empuje sin precedentes en la historia moderna de las guerras de clase. La heroica batalla por la libertad está siendo librada casi exclusivamente por la clase obrera rusa bajo el liderazgo intelectual de los socialistas rusos, demostrando así una vez más que son los hombres de la clase obrera, conscientes de la diferencia de clases, quienes están a la vanguardia en todo movimiento libertador de la época moderna”.

Tenemos entonces siete millones de camaradas en un movimiento revolucionario organizado, internacional y mundial. Tenemos una fuerza humana tremenda que no debe

ser ignorada. Tenemos poder. Tenemos también ideales, ideales tan colosales que incluso parecieran estar más allá del entendimiento de simples mortales. A estos revolucionarios los impulsa una enorme pasión. Tienen un agudo y muy personal sentido de la justicia y un gran respeto por la humanidad, pero poco, escaso respeto por las leyes de los muertos. Se rehúsan a ser regidos por los muertos. Para la mente burguesa, tal incredulidad hacia las convenciones dominantes del orden prevaleciente es alarmante. Los revolucionarios se mofan de los dulces ideales y la querida moral de la sociedad burguesa. Su propósito es destruir la sociedad burguesa, con todo y sus dulces ideales y querida moral, así como también buscan deshacerse de aquéllos que se aferran a términos como la propiedad privada del capital, la supervivencia del más apto y el patriotismo, así es, el patriotismo.

Un ejército revolucionario tan fuerte como el de siete millones de personas es algo que debe hacer que los gobernantes y toda la clase gobernante se detenga a analizar su situación. Este ejército grita: “¡Sin piedad! Queremos todo lo que poseen. No nos conformaremos con menos de lo que poseen. Queremos en nuestras manos las riendas del poder y el destino de la humanidad. Aquí están nuestras manos. Son manos fuertes. Tomaremos sus gobiernos, sus palacios y todos los demás privilegios (que obtuvieron sin esfuerzo alguno), y en ese día trabajarán para comer como el campesino en el campo o el hambriento y disminuido trabajador de las ciudades. Aquí están nuestras manos, son manos fuertes”.

Que la clase gobernante se detenga y lo considere. Esto es una revolución. Es más, estos siete millones de hombres no son un ejército de papel. Su fuerza de batalla en acción es de siete millones de hombres, porque hoy en día se registran siete millones de votos en los países civilizados de todo el mundo.

Ayer no eran tan fuertes. Mañana serán más fuertes aun. Y son combatientes. Aman la paz. No le temen a la guerra. Su único propósito es destruir la sociedad capitalista existente y tomar posesión del mundo entero. Si las leyes humanas lo permiten, lucharán por este propósito pacíficamente, en las urnas. Si las leyes humanas no lo permiten y se les responde con violencia, ellos mismos optarán por la violencia. Enfrentan la violencia con violencia. Sus manos son fuertes y no tienen miedo. Por ejemplo, en Rusia no existe el sufragio. El gobierno ejecuta a los revolucionarios. Los revolucionarios matan a los funcionarios gubernamentales. Los revolucionarios enfrentan el homicidio legal con el asesinato.

Esto da paso al surgimiento de una fase particularmente importante que debería ser tomada en cuenta seriamente por los gobernantes. Es momento de aclarar algo. Yo soy un revolucionario. Aun así soy un individuo normal y cuerdo. *Pienso* y hablo de estos asesinos en Rusia como “mis camaradas”. Lo mismo hacen todos los camaradas en los Estados Unidos y los siete millones de camaradas alrededor del mundo. ¡Qué valor tendría un movimiento revolucionario internacional organizado si no apoya a los camaradas de todo el mundo! El valor de dicho movimiento se demuestra en el hecho de que apoyamos los asesinatos que nuestros camaradas llevan a cabo en Rusia. No son discípulos de Tolstoi, nosotros tampoco. Somos revolucionarios.

Nuestros camaradas en Rusia han formado lo que ellos denominan “La Organización de Combate”⁷. La Organización de Combate acusó, enjuició, encontró culpable y condenó a muerte al Ministro del Interior, un tal Sipiagin. El 2 de abril se le fusiló en el Palacio Mariinsky. Dos años más tarde, La Organización de Combate

⁷ Se refiere al ala terrorista del Partido Socialista Revolucionario Ruso, liderado por Grigory Gershuni.

condenó a muerte y fusiló a otro Ministro del Interior, de apellido Von Plehve. Después de haberlo hecho, mandó un documento fechado el 29 de julio de 1904 en el que se daba cuenta del proceso y la pena a la que Plehve se había hecho acreedor y de la responsabilidad asumida por esta organización del asesinato del ministro. Ahora, vamos al grano: este documento fue enviado a todos los socialistas del mundo y ellos mismos lo publicaron en todos los periódicos y revistas del mundo. Lo trascendental de este hecho no es que los socialistas del mundo no tuvieran miedo de publicarlo o que se atrevieran a hacerlo, sino que lo hicieron como un asunto de rutina: publicar lo que se podría llamar un documento oficial del movimiento revolucionario internacional.

Dichas acciones son incuestionables momentos cumbre de la revolución, y son reales también. Y así es como se dan a conocer a los gobernantes, a la clase gobernante, no con soberbia ni con el afán de intimidarlos, sino para que consideren seriamente el espíritu y la naturaleza de esta revolución mundial. Ha llegado la hora de que la revolución exija dicha consideración. Se ha afianzado en cada país civilizado de nuestro mundo. En cuanto un país se vuelve un país civilizado, la revolución se afianza en él. Con la introducción de las máquinas en Japón, también se introdujo el socialismo. El socialismo entró y marchó hombro con hombro con los soldados estadounidenses en las Filipinas. El eco de la última arma disparada apenas se había desvanecido cuando el socialismo ya ganaba adeptos en Cuba y Puerto Rico. Inmensamente más significativo es el hecho de que en ninguno de los países en que la revolución se afianza, ésta se debilita. Al contrario, gana fuerza año con año en cada país. Fue hace cerca de una generación cuando inició como movimiento activo, en la oscuridad. En 1867 su fuerza electoral alrededor del mundo alcanzaba treinta mil simpatizantes. Para 1871 dicha fuerza se había

incrementado a cien mil. No fue sino hasta 1884 que superó el medio millón. Para 1889 ya había rebasado el millón. Había ganado impulso. En 1892 los votos socialistas alrededor del mundo eran de 1, 798,391; en 1893 eran 2,585,898; en 1895, 3,033,718; en 1898, 4,515,591; en 1902, 5,253,054; en 1903, 6,285,374; para el año 1905 de nuestro Señor se rebasó los siete millones.

La flama de la revolución incluso ha comenzado a arder en los Estados Unidos. En 1888 tan sólo había 2,068 votos socialistas. En 1902 ya se contaba con 127,713 votos. Ya para 1904 eran 435,040 los votos emitidos. ¿Qué avivó esta flama? No fueron los malos tiempos. Los primeros cuatro años del siglo XX fueron considerados como años de prosperidad, aun así, en esos mismos años fueron más de trescientos mil los hombres que se sumaron a las filas de la revolución, lanzando su desafío directamente contra la sociedad burguesa bajo la bandera roja, roja como la sangre. En el estado de este escritor, California, uno de cada doce hombres es un revolucionario registrado y comprometido con la causa.

Se debe entender algo claramente. Éste no es un levantamiento vago y espontáneo de una enorme masa de desposeídos insatisfechos (que sólo buscan guarecerse del dolor por mero instinto). Al contrario, la propaganda es fruto del intelecto, el movimiento se basa en necesidades económicas y va de la mano con la evolución social; aún así son los desposeídos quienes aún no se han rebelado. Los revolucionarios no son los esclavos muertos de hambre y enfermos que se encuentran en el caos del fondo del abismo social sino que, en su mayoría, se trata de hombres trabajadores, entusiastas y bien alimentados que se dan cuenta del caos que les aguarda tanto a ellos como a sus hijos y luchan por alejarse del abismo. Los en extremo desposeídos son profundamente incapaces de

ayudarse a sí mismos. Pero están siendo auxiliados, y no está lejos el día en que esta gente se una y enriquezca las filas de los revolucionarios.

Debe entenderse otro aspecto. A pesar del hecho de que hombres de clase media y con estudios profesionales se muestran interesados en el movimiento, ésta es, sin lugar a dudas, una rebelión de la clase trabajadora. En todo el mundo se trata de una rebelión de la clase trabajadora. Los trabajadores del mundo, como clase social, luchan contra los capitalistas del mundo, también una clase social. La supuestamente llamada grandiosa clase media es una creciente anomalía en esta lucha social. Es una clase agonizante (a pesar de lo que digan las astutas estadísticas), cuya histórica misión de mantener una saludable distancia entre la clase capitalista y la trabajadora ha sido cumplida recientemente. Poco le queda más que exhalar sus agónicos lamentos mientras se pierde en el olvido, como lo ha hecho ya la democracia popular jeffersoniana. La lucha ha comenzado. La revolución está aquí ahora, y son los trabajadores del mundo quienes se han rebelado.

Es natural que surja una pregunta: ¿Por qué ha pasado esto? Un mero capricho no puede originar una revolución mundial. Los caprichos no conducen a la unanimidad. Debe haber una razón bien fundada por la cual siete millones de hombres se unan en una sola idea y se rebelen contra los dioses de la burguesía y pierdan la fe en algo tanpreciado como lo es el patriotismo. Existe bastante evidencia en las acusaciones que los revolucionarios lanzan en contra de la clase capitalista, pero basta sólo mencionar una en esta ocasión, y es una para la cual el capital no ha tenido defensa y nunca la tendrá.

La clase capitalista ha gobernado la sociedad y su gobierno ha fracasado. No sólo le bastó con fracasar, sino que lo ha hecho de forma deplorable, terrible y para nada

honorable. La clase capitalista tuvo su oportunidad, una oportunidad que nunca se le había otorgado a ninguna otra clase social en la historia del mundo. Se separó del mandato de la antigua aristocracia feudal para llegar a lo que ahora es la sociedad moderna. Dominó la materia, organizó la maquinaria de la vida e hizo posible una asombrosa era para la humanidad, dentro de la cual ninguna criatura debería llorar desesperadamente por falta de comida y dentro de la cual habría la oportunidad de que todos los niños estudiaran, con miras a un auge intelectual y espiritual. Con la materia dominada y la maquinaria de la vida organizada, todo esto era posible. Existía la oportunidad, providencialmente adquirida, y la clase capitalista fracasó. Fue ciega y ambiciosa. Parloteó acerca de dulces ideales y querida moral, nunca abrió los ojos, ni dejó de lado su ambición, lo que la llevó a una tremenda debacle, casi tan grande como la oportunidad que había ignorado.

Para la mentalidad burguesa es difícil entender cómo sucedió todo esto. Así como fue ciega en el pasado, lo es ahora, no ve ni comprende. Entonces bien, dejemos claramente asentado el cargo, de forma definitiva, que se entienda fácilmente, en palabras precisas y sólidas. En primer lugar, consideremos al hombre prehistórico. Era una criatura simple, con su protuberancia en la parte trasera del cráneo, como un orangután, pero un poco más inteligente. Vivía en un ambiente hostil, donde era la presa de cualquier otra forma de vida más salvaje que él. No contaba con herramientas o artefactos. Su capacidad intrínseca para conseguir alimento era, digamos, pobre. Ni siquiera cultivaba la tierra. Con su baja capacidad para conseguir alimento, tuvo que pelear con otros carnívoros, sus enemigos de alguna forma, para conseguir hogar y alimento. Debió lograrlo de algún modo, de otra forma no se hubiera reproducido y

poblado todo rincón de la tierra con sus descendientes generación tras generación, hasta convertirse incluso en nosotros, en ti y en mí.

El hombre prehistórico, con su baja eficiencia, tuvo lo suficiente para comer la mayor parte del tiempo y ninguno de ellos pasó hambre todo el tiempo. También llevó una vida sana al aire libre, caminó y descansó en la naturaleza e incluso encontró tiempo suficiente para ejercitar su imaginación e inventar dioses. Es decir, no tuvo que trabajar todo el día para conseguir alimento. El hijo del hombre prehistórico (y de hecho esto es una verdad para todos los niños que viven en un ambiente primitivo) tuvo infancia, una infancia feliz llena de juegos y de desarrollo.

Y ahora, ¿cómo le va al hombre moderno? Por ejemplo, los Estados Unidos, el país más próspero y avanzado del mundo, cuenta con diez millones de personas que viven en la pobreza. Por pobreza se entiende la condición en la cual, debido a la falta de alimento y un hogar adecuado, el simple estándar en la eficiencia laboral no es estable. En los Estados Unidos existen diez millones de personas que no tienen qué comer. En los Estados Unidos existen diez millones de personas que, al no tener qué comer, no tienen la energía básica en sus cuerpos. Esto quiere decir que diez millones de personas se están muriendo lentamente, en cuerpo y alma, por el hecho de no tener qué comer. En toda esta vasta, próspera y avanzada tierra existen hombres, mujeres y niños que viven miserablemente. Cientos de ellos, miles, millones son segregados en todas las grandes ciudades, en barrios marginados en donde su miseria llega a lo inhumano. Ningún hombre prehistórico padeció tanto de hambre crónica como ellos la padecen, ni durmió tan vilmente como ellos duermen, o se infectó con las enfermedades y el desperdicio con la que ellos se infectan, ni mucho menos trabajaron tanto tiempo como trabajan ahora.

Por ejemplo, en Chicago hay una mujer que trabajaba sesenta horas a la semana. Laboraba en la industria textil, cosía botones. La paga semanal promedio entre los trabajadores de la industria textil italiana en Chicago es de noventa centavos y laboran todas las semanas del año. La paga promedio en la industria del pantalón es de 1.31 dólares y el número promedio de semanas que se laboran durante el año es de 27.85 semanas. Anualmente, los trabajadores de la industria textil ganan 37 dólares en promedio; en las fábricas de pantalón es de 42.41 dólares. Dicha paga significa hambre para todos, condiciones de vida infrahumana y cero infancia para los niños.

A diferencia del hombre prehistórico, el hombre moderno no puede conseguir hogar y alimento cuando está en la necesidad de tenerlos y de trabajar por ello. El hombre moderno primero tiene que encontrar trabajo, en lo cual casi siempre fracasa. La miseria se vuelve grave. Esta grave miseria se documenta a diario en los periódicos. Citemos muchos de los incontables ejemplos:

En la ciudad de Nueva York vivía una mujer, su nombre era Mary Mead. Tenía tres hijas: Mary de un año de edad, Johanna de dos y Alice de cuatro. Su esposo no podía encontrar trabajo. Padecían hambre. Fueron desalojados de su hogar, ubicado en el número 160 de la calle Steuben. Un día, Mary Mead estranguló a dos de sus hijas, la más pequeña, Mary, de un año de edad, y Alice de cuatro. Falló en su intento de estrangular a Johanna, de dos años; finalmente, Mary Mead ingirió veneno, se suicidó. El padre de las niñas declaró a la policía: “La pobreza había hecho que mi esposa se volviera loca. Vivíamos en el número 160 de la calle Steuben hasta hace una semana, cuando nos desalojaron. Yo no conseguía trabajo. Ni siquiera podía llevar comida a nuestra mesa. Las niñas se enfermaban, estaban muy débiles. Mi esposa lloraba casi todo el tiempo”.

“Las solicitudes de decenas de miles de hombres que no pueden conseguir trabajo ha saturado la Oficina de Asistencia Social, la cual se ve incapaz de lidiar con dicha situación”.

New York Commercial, 11 de enero de 1905

Al no encontrar trabajo y por lo tanto no conseguir alimento, el hombre moderno recurre a anuncios en periódicos, como el siguiente:

“Hombre joven con buena educación, incapaz de conseguir trabajo, dispuesto a vender los derechos así como el uso de su cuerpo a médicos y bacteriólogos para propósitos experimentales. Enviar ofertas a la dirección postal número 3466”.

Examiner

“Franklin A. Mallin se presentó en la estación central de policía el pasado miércoles por la noche y pidió ser arrestado bajo el cargo de vagancia. Mencionó que había tratado infructuosamente de conseguir trabajo por tanto tiempo que estaba seguro de haberse convertido en un mendigo. Tenía tanta hambre que debía que ser alimentado. El juez Graham de la policía lo sentenció a noventa días de prisión” .

San Francisco Examiner

En el número 32 de la calle Four, en una habitación de Soto House, en San Francisco, fue hallado el cuerpo de W. G. Robbins. Había dejado salir el gas de su estufa. También fue hallado su diario, en donde encontramos las siguientes anotaciones:

“ **Marzo 3:** No existen oportunidades en este lugar. ¿Qué voy a hacer?

Marzo 7: No encuentro nada aún.

Marzo 8: Vivo de donas, cinco centavos por día.

Marzo 9: Gasté el dinero que me quedaba en el alquiler del cuarto.

Marzo 10: Dios, ayúdame. Sólo me quedan cinco centavos. No puedo hacer nada. ¿Qué sigue? ¿Hambre...? He gastado mi última moneda esta noche. ¿Qué voy a hacer? ¿Robar, pedir limosna o morir? Nunca he robado, mendigado o tenido tanta hambre en mis cincuenta años de vida, pero ahora he llegado al límite...La muerte parece ser mi única opción.

Marzo 11: Enfermo todo el día, ardiendo en fiebre durante la tarde. No he comido nada el día de hoy, ni desde ayer por la tarde. Mi cabeza, mi cabeza. Adiós a todos”.

¿Y cómo la pasan los hijos del hombre moderno en ésta, la más próspera de las tierras? En la ciudad de Nueva York cincuenta mil niños van todos los días a la escuela con el estomago vacío. En esta misma ciudad, el pasado 12 de enero se envió un comunicado de prensa a todo el país en el que el doctor A. E. Daniel, del Hospital Materno-Infantil de Nueva York, reporta el caso de una criatura de 18 meses de edad que recibía cincuenta centavos semanales por trabajar en una maquila.

“En una montaña de harapos en un cuarto sin muebles y con un frío inclemente, esta mañana fue hallado en el 513 de la avenida Myrtle, en Brooklyn, el cuerpo sin vida de la señora Mary Gallin, con su esquelético hijo de cuatro meses de edad llorando agazapado sobre su pecho. El descubrimiento fue llevado a cabo por el oficial McConnon, de la estación de policía de la avenida Flushing. En otra área de la habitación fueron encontrados, agazapados para mantenerse tibios, los otros miembros de la familia: el padre, James Gallin, junto con sus otros tres hijos, de entre dos y ocho años de edad. Los niños observaron al oficial de policía como lo hubieran hecho criaturas hambrientas. Estaban famélicos y no se veía ningún rastro de alimento en su desolado hogar”.

New York Journal, enero 12 de 1902

Tan sólo en la industria textil estadounidense son ochenta mil los niños que se encuentran trabajando para poder sobrevivir. En el sur cubren turnos de doce horas. No ven la luz del día. Aquellos que trabajan en el turno nocturno duermen cuando el sol esparce su vida y calor al mundo, mientras que los que trabajan durante el día se encuentran ya en las máquinas antes del amanecer y regresan a sus desolados alojamientos, también llamados hogares, después del anochecer. Muchos de ellos no reciben más de diez centavos al día. Hay infantes que trabajan por cinco o seis centavos al día. A los que trabajan durante la noche se les mantiene despiertos arrojándoles agua fría a la cara. Hay niños de seis años de edad que cuentan con once meses de trabajo en el turno nocturno. Se le paga a un hombre que, montado a caballo, busca a los niños casa por casa para apurarlos y amedrentarlos cuando éstos se encuentran enfermos y son incapaces de levantarse de la cama para ir a trabajar. El diez por ciento de estos niños se contagia de tuberculosis. Son todos insignificantes despojos, aplastados, atrofiados de mente y alma. Elbert Hubbard menciona acerca de los niños trabajadores de las fábricas de algodón del sur:

“Pensé en levantar a uno de los pequeños trabajadores para cerciorarme de su peso. En cuanto lo hice, un temblor, producto del miedo, recorrió sus 16 kilos de carne y hueso mientras forcejeaba con sus agujetas rotas. Atraje su atención acariciándolo y ofreciéndole una moneda de plata. Él me observó con la mirada perdida y un rostro que podría pertenecer al de un anciano de sesenta años, arrugado, deshidratado y tan lleno de dolor. No intentó tomar la moneda, no sabía qué era. Había una docena de niños como éste en dicha fábrica. Un doctor que estaba conmigo me comentó que probablemente

todos ellos estarían muertos en dos años y que otros niños ocuparían sus lugares (hay muchos más de ellos). La neumonía acaba con la mayoría. Sus organismos son el lugar perfecto para cualquier enfermedad, y cuando una de éstas aparece no encuentra resistencia, no hay respuesta. La medicina simplemente no sirve, la naturaleza es rebasada, apaleada, degradada y el niño se hunde en el letargo para luego morir”.

Así la pasan el hombre moderno y su hijo en los Estados Unidos, el país más próspero y avanzado del planeta. Debemos recordar que los casos mencionados son sólo eso, casos, pero que se repiten en infinidad de ocasiones. También debemos recordar que lo que sucede en los Estados Unidos sucede también en todo el mundo civilizado. Tal miseria no existió para el hombre prehistórico. ¿Qué sucedió? ¿El ambiente hostil del hombre prehistórico se tornó aun más hostil para sus descendientes? ¿La ínfima capacidad del hombre prehistórico para conseguir hogar y alimento ha disminuido tanto en el hombre moderno hasta ser inexistente?

Al contrario, el ambiente hostil del hombre prehistórico ha sido destruido. Ya no existe para el hombre moderno. Los enemigos carnívoros, la diaria amenaza del mundo naciente, han sido masacrados. Muchas de estas especies depredadoras ya no existen. En algunos lugares, en pequeñas y remotas regiones del mundo aún podemos encontrar a algunos de estos feroces enemigos del hombre. Pero ahora distan de ser una amenaza para la humanidad. Cuando el hombre moderno busca recreación y salir de la rutina se dirige a alguna de las pequeñas y remotas regiones del mundo, de cacería. También, en los momentos en los que se encuentra aburrido, suspira lastimosamente ante la desaparición de las presas más grandes, sabiendo de antemano que ésta es una realidad en el futuro cercano.

Tampoco, desde los tiempos del hombre prehistórico, ha disminuido la eficiencia del hombre para conseguir hogar y alimento. Se ha incrementado mil veces. Desde los tiempos del hombre prehistórico la materia ha sido dominada. Sus secretos han sido descubiertos. Incluso sus leyes han sido formuladas. Maravillosos artefactos e increíbles inventos han sido creados, todos ellos enfocados en mejorar considerablemente la capacidad natural del hombre para conseguir hogar y alimento mediante actividades como la agricultura, la ganadería, la minería, la manufactura, el transporte y la comunicación.

Desde el hombre prehistórico hasta el trabajador de hace tres generaciones, que sólo usaba las manos, el incremento en la capacidad para obtener hogar y alimento ha sido en verdad grandioso. La capacidad del hombre de hace tres generaciones, que sólo usaba las manos, se ha visto incrementada aun más hoy en día con ayuda de las máquinas. Antes se requerían 200 horas hombre para colocar cien toneladas de minerales en un vagón de ferrocarril. Hoy en día, con ayuda de las máquinas, sólo se necesitan dos horas hombre para llevar a cabo la misma tarea. El Departamento del Trabajo de los Estados Unidos ha elaborado la siguiente tabla, en la que se demuestra comparativamente el reciente incremento en la capacidad del hombre para conseguir hogar y alimento:

	Horas máquina	Horas hombre
Cebada (3520 litros)	9	211
Maíz (1760 litros, procesado y reusado	34	228
como forraje)		
Avena (5632 litros)	28	265

Trigo (1760 litros)	7.....	160
Carga de minerales (100 toneladas de hierro en vagones) 2	200
Descarga de carbón (transporte de 200 toneladas de embarcaciones a depósitos a 122 metros de distancia) 20	240
Horquillas (50 horquillas con dientes de 12 pulgadas) 12	200
Arado (sólo un lado del campo, con vigas y mangos de roble) 3.....	118

De acuerdo con la misma autoridad, bajo las mejores condiciones de organización en las granjas se puede llegar a producir 704 litros de trigo por 66 centavos ó 35.2 litros por $3^{1/3}$ centavos. Esto se realizó en una próspera granja de California con una extensión de diez mil acres y éste fue el costo promedio de toda la producción de la granja. El señor Carroll D. Wright comenta que hoy en día sólo cuatro millones y medio de hombres con ayuda de maquinaria producirían lo que cuarenta millones de hombres producirían sólo usando sus manos. En Austria, el profesor Herzog indica que cinco millones de personas

con la maquinaria actual y en un trabajo socialmente útil, serían capaces de satisfacer las necesidades de una población de veinte millones de personas, incluyendo pequeños lujos, con sólo trabajar 1.5 horas al día.

Con la materia dominada, es claro ver cómo la capacidad del hombre para obtener hogar y alimento se ha incrementado mil veces sobre la capacidad del hombre prehistórico; entonces, ¿cómo es que millones de hombres modernos viven peor que el hombre prehistórico? Ésta es la pregunta que el revolucionario le hace a la clase gobernante, la clase capitalista. La clase capitalista no contesta. La clase capitalista no puede contestar.

Si la capacidad del hombre moderno para obtener hogar y alimento es mil veces mayor que la del hombre prehistórico, ¿entonces por qué hoy en día existen en los Estados Unidos diez millones de personas que no tienen un hogar digno y alimento suficiente? Si el hijo del hombre prehistórico nunca tuvo que trabajar, ¿por qué entonces hoy en día existen, tan sólo en las fabricas textiles de los Estados Unidos, ochenta mil niños que trabajan para sobrevivir? Si el hijo del hombre prehistórico no tuvo que trabajar, ¿por qué entonces hoy en día en los Estados Unidos existen 1,752,187 niños trabajadores?

Hay verdad en la acusación. La clase capitalista ha malgovernado, y sigue malgovernando hoy en día. En la ciudad de Nueva York cincuenta mil niños van hambrientos a la escuela, y es en la ciudad de Nueva York donde existen 1,320 millonarios. Sin embargo, el punto no es que la mayoría de la humanidad sea pobre debido a que la clase capitalista se haya quedado con la riqueza producida. Va más allá de eso. En realidad el punto es que la mayoría de la humanidad es pobre, no porque la

clase capitalista haya monopolizado la riqueza, *sino porque la riqueza nunca fue producida*. Esta riqueza nunca se produjo porque la clase capitalista gobernó de forma extremadamente irracional y despilfarradora. Ciega, ambiciosa y enfermizamente avara, la clase capitalista no sólo no ha sabido gobernar, sino que lo hizo rotundamente mal. Es un gobierno prodigiosamente despilfarrador. No se puede enfatizar más este punto.

Una vez demostrado que el hombre moderno tiene una vida más desdichada que el hombre prehistórico y que la capacidad del primero para conseguir hogar y alimento es mil veces superior que la del prehistórico, no es posible negar que el gobierno es prodigiosamente despilfarrador.

Con todos los recursos naturales del mundo, la invención de las máquinas, una organización racional de la producción y distribución, así como un manejo igualmente correcto de los desperdicios, los trabajadores capaces no tendrían que trabajar más de dos o tres horas al día para poder alimentar, vestir, proveer hogar y educación así como distribuir equitativamente pequeños lujos a todas las personas. No habría más consumismo ni desdicha, no más niños trabajando para sobrevivir, no más mujeres, niños u hombres viviendo como animales, muriendo como animales. No sólo la materia sería dominada, las máquinas también serían dominadas. En ese día el incentivo para trabajar sería más noble y respetable que el que existe hoy en día, que es el del hambre. Ningún hombre, mujer o niño se vería motivado a trabajar para no tener el estómago vacío. Todo lo contrario, se les motivaría, a los niños, a obtener buenos resultados escolares, a jugar como niños y niñas; a los científicos a formular leyes, a los inventores a aplicar leyes; a los pintores y a los escultores, a pintar lienzos y esculpir el barro así como a los poetas y a los hombres de Estado a crear y gobernar, sirviendo a la humanidad. El auge espiritual,

intelectual y artístico que iría de la mano con dicha actitud en la sociedad sería tremendo. El mundo entero se levantaría en una poderosa ola.

Ésta fue la oportunidad que se le otorgó a la clase capitalista. Sólo se necesitaba menos ceguera, menos avaricia y un gobierno racional. Una maravillosa era fue posible para la raza humana. Pero la clase capitalista fracasó. Llevó la civilización a la ruina. La clase capitalista no puede declararse inocente. Sabía de la oportunidad que tenía en sus manos. Sus hombres sabios se la hicieron saber, sus profesores y científicos le informaron de la oportunidad. Todo eso lo podemos encontrar el día de hoy en los libros, simplemente es demasiada evidencia condenatoria en contra de la clase capitalista. No escucharon. Fue demasiada la ambición. Y creció (como lo sigue haciendo hoy en día) descaradamente en nuestros salones legislativos, declarando que las ganancias eran imposibles sin el trabajo de los niños, incluso el de los más pequeños. Embruteció su conciencia, la puso a dormir con la cantaleta de los dulces ideales y la querida moral y permitió que el sufrimiento y la miseria de la humanidad continuaran y se incrementaran. Resumiendo, la clase capitalista no aprovechó la oportunidad.

Pero la oportunidad sigue ahí. A la clase capitalista se le ha juzgado ineficiente. Le queda a la clase trabajadora ver lo que puede lograr. “Pero la clase trabajadora es incapaz”, dice la clase capitalista. “¿Tú cómo lo sabes?”, es la respuesta de la clase trabajadora. “El hecho de que tú hayas fracasado no es razón para creer que nosotros también lo haremos. Es más, lo vamos a intentar de todas formas. Siete millones lo hemos decidido. ¿Qué piensas hacer al respecto?”.

¿Y qué es lo que hace la clase capitalista? Afirma que la clase trabajadora es incapaz. Afirma que las acusaciones y los argumentos de la clase trabajadora son

incorrectos. Pero los siete millones de revolucionarios prevalecen. Su existencia es un hecho. La confianza en su capacidad, en sus acusaciones y en sus argumentos es una realidad. Su crecimiento constante es una realidad. Su intención de acabar con la sociedad actual es una realidad, como lo es también su intención de tomar posesión del mundo con todas sus riquezas, máquinas y gobiernos. Por cierto, también es una realidad que la clase trabajadora es inmensamente más numerosa que la clase capitalista.

La revolución es una revolución de la clase trabajadora. ¿Cómo puede la clase capitalista, siendo una minoría, detener la ola de la revolución? ¿Qué tiene ésta que ofrecer? ¿Qué ofrece? Asociaciones de empresarios, amparos, demandas civiles que permiten el saqueo de los fondos sindicales, gritos desesperados que claman por la abolición de sindicatos independientes⁸; un cínico y agrio rechazo ante la implementación de las jornadas laborales de ocho horas, grandes esfuerzos por detener todo tipo de reforma sobre el trabajo infantil; sobornos en todas las instancias de gobierno para lograr que se establezcan más leyes que apoyen al capitalismo; bayonetas, metralletas, macanas, rompe-huelgas profesionales y *Pinkertons*⁹. Todo esto es lo que la clase capitalista arroja al camino de la ola de la revolución, para intentar obstaculizar su avance, para intentar detenerla.

Hoy en día, la clase capitalista es tan ciega ante la amenaza de la revolución como lo fue en el pasado ante la providencial oportunidad que tuvo enfrente. No puede ver lo precario de su situación, no puede comprender el alcance y significado de la revolución.

⁸ *Open shop and closed shop; tienda abierta y tienda cerrada*: diferentes tipos de empleos en los que es obligatoria o no la afiliación de los trabajadores al sindicato representativo o *adherente* y su contrario, es decir un sindicato *independiente*.

⁹ Elementos pertenecientes a la agencia de detectives privados creada por Allan Pinkerton.

Continúa plácidamente su camino, parlotando acerca de dulces ideales y querida moral, abalanzándose sórdidamente sobre los bienes materiales.

Ningún depuesto gobernante o clase social del pasado tomó en cuenta a la revolución que lo depuso, justo como lo hace la clase capitalista hoy en día. En lugar de conciliar, de llegar a acuerdos o detener la agresiva represión hacia la clase trabajadora para asegurar un poco más su existencia, la clase capitalista se declara enemiga a muerte de la clase trabajadora, orillando a ésta a la revolución. Cada huelga desconocida en años recientes, cada saqueo legal a los fondos sindicales, cada sindicato independiente desconocido, todo esto ha conducido a cientos, miles de miembros de la lastimada clase trabajadora al socialismo. Desconoce el sindicato de un trabajador y éste se volverá un revolucionario. Desconoce una huelga, amenaza con romperla, saquea un sindicato con una demanda civil y los trabajadores, lastimados, como resultado escucharán el canto de las sirenas del socialismo y nunca más volverán a la política *partidista* del *capitalismo*.

Antagonismo, eso es lo único que la clase capitalista tiene que ofrecer, y el antagonismo nunca ha entorpecido la revolución. Es cierto, también puede ofrecer algunos principios antiguos, eficaces en el pasado, ahora caducos. Las nociones de libertad (como la del cuatro de julio) obtenida gracias a la declaración de independencia o a los enciclopedistas franceses, apenas y son apropiadas hoy en día. No conmueven al trabajador que ha recibido golpes mortales a manos de la policía, que ha visto sus fondos sindicales llevados a la bancarrota por una orden judicial o al que sustituyen por una máquina. La Constitución de los Estados Unidos no se ve tan gloriosa y legítima para el trabajador que ha estado encarcelado o ha sido deportado injustamente de Colorado. Su desesperación tampoco se ve aliviada cuando lee en los periódicos que el

encarcelamiento y la deportación fueron, por encima de todo, legales y constitucionales. “¡Al diablo la constitución!”, exclama, y así es como surge un revolucionario, gracias a la clase capitalista.

En pocas palabras, la clase capitalista es tan ciega que no hace nada por asegurar su existencia, pero sí hace todo por ponerla en riesgo. La clase capitalista no ofrece nada noble, puro, ni vivo. Los revolucionarios ofrecen todo lo noble, lo puro y lo vivo. Ofrecen servicio, generosidad, sacrificio, sus vidas (la clase de cualidades que despiertan la imaginación de la gente, que toca sus corazones con el fervor que impulsa hacia el bien y que son esencialmente religiosas en su naturaleza)

Pero los revolucionarios son ambivalentes. Ofrecen hechos y estadísticas, argumentos económicos y científicos. Si el trabajador fuese egoísta, los revolucionarios le mostrarían, con ayuda de las matemáticas, que su condición mejoraría gracias a la revolución. Si el trabajador fuese un excelente ser humano, movido por impulsos de buena conducta, si tuviera alma y espíritu, los revolucionarios le ofrecerían las cosas que alimentan el alma y el espíritu, las grandes cosas que no se pueden medir ni retener con dólares y centavos. El revolucionario denuncia lo injusto y lo malo, y predica lo justo. Pero lo más importante de todo, el revolucionario entona la eterna canción de la libertad humana, canción de todas las tierras, de todos los idiomas y de todos los tiempos.

Pocos miembros pertenecientes a la clase capitalista ven la revolución. La mayoría son demasiado ignorantes y muchos otros tienen pavor de verla. Es la misma vieja historia de toda clase gobernante agonizante en la historia del mundo. Obesa de poder y posesiones, embriagada de éxito y bofa por los excesos y la falta de esfuerzo, son

como los zánganos amontonados sobre la miel mientras las abejas trabajadoras se dirigen velozmente hacia ellos para terminar con sus inútiles existencias.

El presidente Roosevelt apenas ve la revolución, ésta le asusta y se guarece al verla. Declara: “Sobre todas las cosas debemos recordar que, en la política, cualquier tipo de conflicto de clases debilita más al país, si es posible, que la hostilidad racial, religiosa o separatista”.

El conflicto de clases, enfatiza el presidente Roosevelt, debilita al país. Pero es el conflicto de clases en la escena política lo que promueven los revolucionarios. “Que la guerra de clases en el mundo industrializado continúe”, dicen los revolucionarios, “pero extendamos la guerra de clases a la escena política”. Es justo como lo declara el líder Eugene V. Debs: “ En cuanto a esta lucha se refiere, no existe ningún capitalista bueno ni un trabajador malo. Todos los capitalistas son el enemigo y todo trabajador es un amigo”.

Nos encontramos entonces ante uno de los peores conflictos de clases en la escena política que se recuerden. Y nos encontramos ante una revolución. En 1888 existían sólo dos mil revolucionarios de esta clase en los Estados Unidos; en 1900 eran 127,000; en 1904, 435,000. Aquello que debilita al país según el presidente Roosevelt, evidentemente ha florecido y se ha incrementado en los Estados Unidos. Así es, ya que es la revolución la que ha florecido y continúa ganando ímpetu.

De vez en cuando algunos miembros de la clase capitalista no ignoran la revolución y lanzan un grito de advertencia. Pero el resto no los escucha. Es el caso de Eliot, director de Harvard: “Me veo obligado a creer que existe un peligro latente de socialismo que nunca había estado tan presente en los Estados Unidos y en una forma tan amenazante, porque nunca había estado tan organizado. El peligro radica en que los

socialistas adquieran el control de los sindicatos”. Y los empleadores capitalistas, en lugar de hacer caso de dichas advertencias, se dedican a perfeccionar sus métodos rompe-huelgas y a preparar, más fuerte que nunca, un último ataque a lo más querido de los sindicatos: los sindicatos independientes. Si tienen éxito, la clase capitalista habrá firmado su sentencia de muerte. Es la vieja, ya muy vieja historia que se repite una y otra vez. Los zánganos embriagados que siguen amontonándose ambiciosamente alrededor de la miel.

Posiblemente uno de los espectáculos más entretenidos de estos días es la actitud de la prensa estadounidense hacia la revolución. También se trata de un espectáculo patético. Exige a los espectadores estar alerta ante una reconocible pérdida de orgullo en la especie. Son las declaraciones dogmáticas salidas de la boca misma de la ignorancia que provocaría la risa de los dioses, pero que debería hacer llorar a los hombres. ¡Y los editores estadounidenses, la mayoría de ellos, son muy buenos en este espectáculo! Exclamando sus clásicos, “divídanlos”, “los hombres *no* nacen libres e iguales” con gran solemnidad y sagacidad, como si hablaran de un nuevo tipo de conocimiento humano. Sus débiles arranques sólo demuestran su inmadurez para lograr comprender la naturaleza de la revolución. Parásitos mismos de la clase capitalista, sirviendo a ésta para influir en la opinión pública. Ellos también son zánganos ebrios amontonados alrededor de la miel.

Por supuesto, esto sucede con la gran mayoría de los editores estadounidenses. Pero decir que son todos sería una gran difamación para la raza humana. También sería una mentira, porque de vez en cuando en algún lugar un editor no es tan ciego, sin embargo, dominado por el miedo a dejar de comer prefiere no decir lo que realmente

piensa. En lo que concierne a la ciencia y sociología de la revolución, el editor promedio se encuentra muy rezagado en cuanto a conocimiento de hechos se refiere. Es intelectualmente perezoso, no acepta los hechos hasta que la mayoría los ha aceptado y se vanagloria de tal conservadurismo. Es optimista por naturaleza, propenso a creer que lo que debe ser, es. El revolucionario renunció a esto hace mucho, él no cree que lo que debe ser es, sino que lo que es, es, y que después de todo, tal vez esto podría no ser lo que debería ser.

De vez en cuando, cuando hace el enorme esfuerzo de abrir los ojos, algún editor logra ver la revolución por breves instantes y estalla en un breve ataque de locuacidad ingenua, como por ejemplo, el que escribió lo publicado en el *Chicago Chronicle*: “Los socialistas estadounidenses son revolucionarios. Ellos mismos saben que son revolucionarios. Ya es hora de que los demás también lo sepan”. ¡En verdad gran descubrimiento que continuó vociferando a los cuatro vientos, reconocer que vaya que somos revolucionarios, cuando nosotros lo hemos venido haciendo todos estos años! Hemos gritado a los cuatro vientos que somos revolucionarios y que nos detenga quien pueda.

Ha llegado la hora de dejar atrás ideas como: “Señores, la revolución es atroz. La revolución no existe”. De igual forma debería ser hora de dejar en el pasado actitudes bien conocidas como: “Señores, el socialismo es esclavitud. Nunca dejaremos que el socialismo exista”. Ya no se trata de dialéctica, de teorías o sueños. No hay duda. La revolución es un hecho. Está aquí, ahora. Siete millones de revolucionarios, organizados, trabajando día y noche, pregonando la revolución, esa canción tan valiente, la de la Hermandad del Hombre. No sólo se trata de propaganda económica insensible, sino de

propaganda esencialmente devota, tan apasionada como la de Cristo y sus apóstoles. La clase capitalista ha sido enjuiciada. Ha fracasado en el gobierno y el gobierno está por serles arrebatado. Siete millones de hombres pertenecientes a la clase trabajadora claman que convencerán al resto de la clase trabajadora, que éstos se les unirán y tomarán el gobierno. La revolución está aquí, ahora. Que la detenga quien pueda.

APÉNDICE

*"The present is enough for common souls,
Who, never looking forward, are indeed
Mere clay, wherein the footprints of their age
Are petrified forever."*

I received a letter the other day. It was from a man in Arizona. It began, "Dear Comrade." It ended, "Yours for the Revolution." I replied to the letter, and my letter began, "Dear Comrade." It ended, "Yours for the Revolution." In the United States there are 400,000 men, of men and women nearly 1,000,000, who begin their letters "Dear Comrade," and end them "Yours for the Revolution." In Germany there are 3,000,000 men who begin their letters "Dear Comrade" and end them "Yours for the Revolution"; in France, 1,000,000 men; in Austria, 800,000 men; in Belgium, 300,000 men; in Italy, 250,000 men; in England, 100,000 men; in Switzerland, 100,000 men; in Denmark, 55,000 men; in Sweden, 50,000 men; in Holland, 40,000 men; in Spain, 30,000 men -- comrades all, and revolutionists.

These are numbers which dwarf the grand armies of Napoleon and Xerxes. But they are numbers not of conquest and maintenance of the established order, but of conquest and revolution. They compose, when the roll is called, an army Of 7,000,000 men, who, in accordance with the conditions of to-day, are fighting with all their might for the conquest of the wealth of the world and for the complete overthrow of existing society.

There has never been anything like this revolution in the history of the world. There is nothing analogous between it and the American Revolution or the French Revolution. It is unique, colossal. Other revolutions compare with it as asteroids compare with the sun. It is alone of its kind, the first world revolution in a world whose history is replete with revolutions. And not only this, for it is the first organized movement of men to become a world movement, limited only by the limits of the planet.

This revolution is unlike all other revolutions in many respects. It is not sporadic. It is not a flame of popular discontent, arising in a day and dying down in a day. It is older than the present generation. It has a history and traditions, and a martyr-roll only less extensive possibly than the martyr-roll of Christianity. It has also a literature a myriad times more imposing, scientific, and scholarly than the literature of any previous revolution.

They call themselves "comrades," these men, comrades in the socialist revolution. Nor is the word empty and meaningless, coined of mere lip service. It knits men together as brothers, as men should be knit together who stand shoulder to shoulder under the red banner of revolt. This red banner, by the way, symbolizes the brotherhood of man, and does not symbolize the incendiarism that instantly connects itself with the red banner in the affrighted bourgeois mind. The comradeship of the revolutionists is alive and warm. It passes over geographical lines, transcends race prejudice, and has even proved itself mightier than the Fourth of July, spread-eagle Americanism of our forefathers. The French socialist workingmen and the German socialist workingmen forget Alsace and Lorraine, and, when war threatens, pass resolutions declaring that as workingmen and comrades they have no quarrel with each other. Only the other day, when Japan and Russia sprang at each other's throats, the revolutionists of Japan addressed the following message to the revolutionists of Russia: "Dear Comrades -- Your government and ours have recently plunged into war to carry out their imperialistic tendencies, but for us socialists there are no boundaries, race, country, or nationality. We are comrades, brothers and sisters, and have no reason to fight. Your enemies are not the Japanese people, but our militarism and so-called patriotism. Patriotism and militarism are our mutual enemies."

In January, 1905, throughout the United States the socialists held mass-meetings to express their sympathy for their struggling comrades, the revolutionists of Russia, and, more to the point, to furnish the sinews of war by collecting money and cabling it to the

Russian leaders.

The fact of this call for money, and the ready response, and the very wording of the call, make a striking and practical demonstration of the international solidarity of this world revolution: "Whatever may be the immediate results of the present revolt in Russia, the socialist propaganda in that country has received from it an impetus unparalleled in the history of modern class wars. The heroic battle for freedom is being fought almost exclusively by the Russian working-class under the intellectual leadership of Russian socialists, thus once more demonstrating the fact that the class-conscious workingmen have become the vanguard of all liberating movements of modern times."

Here are 7,000,000 comrades in an organized, international, world-wide, revolutionary movement. Here is a tremendous human force. It must be reckoned with. Here is power. And here is romance -- romance so colossal that it seems to be beyond the ken of ordinary mortals. These revolutionists are swayed by great passion. They have a keen sense of personal right, much of reverence for humanity, but little reverence, if any at all, for the rule of the dead. They refuse to be ruled by the dead. To the bourgeois mind their unbelief in the dominant conventions of the established order is startling. They laugh to scorn the sweet ideals and dear moralities of bourgeois society. They intend to destroy bourgeois society with most of its sweet ideals and dear moralities, and chiefest among these are those that group themselves under such heads as private ownership of capital, survival of the fittest, and patriotism -- even patriotism.

Such an army of revolution, 7,000,000 strong, is a thing to make rulers and ruling classes pause and consider. The cry of this army is, "No quarter! We want all that you possess. We will be content with nothing less than all that you possess. We want in our hands the reins of power and the destiny of mankind. Here are our hands. They are strong hands. We are going to take your governments, your palaces, and all your purpled ease away from you, and in that day you shall

work for your bread even as the peasant in the field or the starved and runty clerk in your metropolises. Here are our hands. They are strong hands."

Well may rulers and ruling classes pause and consider. This is revolution. And, further, these 7,000,000 men are not an army on paper. Their fighting strength in the field is 7,000,000. To-day they cast 7,000,000 votes in the civilized countries of the world.

Yesterday they were not so strong. To-morrow they will be still stronger. And they are fighters. They love peace. They are unafraid of war. They intend nothing less than to destroy existing capitalist society and to take possession of the whole world. If the law of the land permits, they fight for this end peaceably, at the ballot-box. If the law of the land does not permit, and if they have force meted out to them, they resort to force themselves. They meet violence with violence. Their hands are strong and they are unafraid. In Russia, for instance, there is no suffrage. The government executes the revolutionists. The revolutionists kill the officers of the government. The revolutionists meet legal murder with assassination.

Now here arises a particularly significant phase which would be well for the rulers to consider. Let me make it concrete. I am a revolutionist. Yet I am a fairly sane and normal individual. I speak, and I *think*, of these assassins in Russia as "my comrades." So do all the comrades in America, and all the 7,000,000 comrades in the world. Of what worth an organized, international, revolutionary movement if our comrades are not backed up the world over? The worth is shown by the fact that we do back up the assassinations by our comrades in Russia. They are not disciples of Tolstoy, nor are we. We are revolutionists.

Our comrades in Russia have formed what they call "The Fighting Organization." This Fighting Organization accused, tried, found guilty, and condemned to death, one Sipiaguin, Minister of Interior. On April 2 he was shot and killed in the Maryinsky Palace. Two years

later the Fighting Organization condemned to death and executed another Minister of Interior, Von Plehve. Having done so, it issued a document, dated July 29, 1904, setting forth the counts of its indictment of Von Plehve and its responsibility for the assassination. Now, and to the point, this document was sent out to the socialists of the world, and by them was published everywhere in the magazines and newspapers. The point is, not that the socialists of the world were unafraid to do it, not that they dared to do it, but that they did it as a matter of routine, giving publication to what may be called an official document of the international revolutionary movement.

These are high lights upon the revolution granted, but they are also facts. And they are given to the rulers and the ruling classes, not in bravado, not to frighten them, but for them to consider more deeply the spirit and nature of this world revolution. The time has come for the revolution to demand consideration. It has fastened upon every civilized country in the world. As fast as a country becomes civilized, the revolution fastens upon it. With the introduction of the machine into Japan, socialism was introduced. Socialism marched into the Philippines shoulder to shoulder with the American soldiers. The echoes of the last gun had scarcely died away when socialist locals were forming in Cuba and Porto [sic] Rico. Vastly more significant is the fact that of all the countries the revolution has fastened upon, on not one has it relaxed its grip. On the contrary, on every country its grip closes tighter year by year. As an active movement it began obscurely over a generation ago. In 1867, its voting strength in the world was 30,000. By 1871, its vote had increased to 1,000,000. Not till 1884 did it pass the half- million point. By 1889, it had passed the million point. It had then gained momentum. In 1892 the socialist vote of the world was 1,798,391 ; in 1893, 2,585,898; in 1895, 3,033,718; in 1898, 4,515,591; in 1902, 5,253,054; in 1903, 6,285,374; and in the year of our Lord 1905 it passed the seven-million mark.

Nor has this flame of revolution left the United States untouched. In 1888, there were only 2,068 socialist votes. In 1902, there were 127,713 socialist votes. And in 1904, 435,040 socialist votes were

cast. What fanned this flame? Not hard times. The first four years of the twentieth century were considered prosperous years, yet in that time more than 300,000 men added themselves to the ranks of the revolutionists, flinging their defiance in the teeth of bourgeois society and taking their stand under the blood-red banner. In the state of the writer, California, one man in twelve is an avowed and registered revolutionist.

One thing must be clearly understood. This is no spontaneous and vague uprising of a large mass of discontented and miserable people - a blind and instinctive recoil from hurt. On the contrary, the propaganda is intellectual; the movement is based upon economic necessity and is in line with social evolution; while the miserable people have not yet revolted. The revolutionist is no starved and diseased slave in the shambles at the bottom of the social pit, but is, in the main, a hearty, well-fed workingman, who sees the shambles waiting for him and his children and recoils from the descent. The very miserable people are too helpless to help themselves. But they are being helped, and the day is not far distant when their numbers will go to swell the ranks of the revolutionists.

Another thing must be clearly understood. In spite of the fact that middle-class men and professional men are interested in the movement, it is nevertheless a distinctly working-class revolt. The world over, it is a working-class revolt. The workers of the world, as a class, are fighting the capitalists of the world, as a class. The so-called great middle class is a growing anomaly in the social struggle. It is a perishing class (wily statisticians to the contrary), and its historic mission of buffer between the capitalist- and working-classes has just about been fulfilled. Little remains for it but to wail as it passes into oblivion, as it has already begun to wail in accents Populistic and Jeffersonian-Democratic. The fight is on. The revolution is here now, and it is the world's workers that are in revolt.

Naturally the question arises: Why is this so? No mere whim of the spirit can give rise to a world revolution. Whim does not conduce to

unanimity. There must be a deep-seated cause to make 7,000,000 men of the one mind, to make them cast off allegiance to the bourgeois gods and lose faith in so fine a thing as patriotism. There are many counts of the indictment which the revolutionists bring against the capitalist class, but for present use only one need be stated, and it is a count to which capital has never replied and can never reply.

The capitalist class has managed society, and its management has failed. And not only has it failed in its management, but it has failed deplorably, ignobly, horribly. The capitalist class had an opportunity such as was vouchsafed no previous ruling class in the history of the world. It broke away from the rule of the old feudal aristocracy and made modern society. It mastered matter, organized the machinery of life, and made possible a wonderful era for mankind, wherein no creature should cry aloud because it had not enough to eat, and wherein for every child there would be opportunity for education, for intellectual and spiritual uplift. Matter being mastered, and the machinery of life organized, all this was possible. Here was the chance, God-given, and the capitalist class failed. It was blind and greedy. It prattled sweet ideals and dear moralities, rubbed its eyes not once, nor ceased one whit in its greediness, and smashed down in a failure as tremendous only as was the opportunity it had ignored.

But all this is like so much cobwebs to the bourgeois mind. As it was blind in the past, it is blind now and cannot see nor understand. Well, then, let the indictment be stated more definitely, in terms sharp and unmistakable. In the first place, consider the caveman. He was a very simple creature. His head slanted back like an orang-utan's and he had but little more intelligence. He lived in a hostile environment, the prey of all manner of fierce life. He had no inventions nor artifices. His natural efficiency for food-getting was, say, I. He did not even till the soil. With his natural efficiency of I, he fought off his carnivorous enemies and got himself food and shelter. He must have done all this, else he would not have multiplied and spread over the earth and sent his progeny down, generation by generation, to

become even you and me.

The caveman, with his natural efficiency of I, got enough to eat most of the time, and no caveman went hungry all the time. Also, he lived a healthy, open-air life, loafed and rested himself, and found plenty of time in which to exercise his imagination and invent gods. That is to say, he did not have to work all his waking moments in order to get enough to eat. The child of the caveman (and this is true of the children of all savage peoples) had a childhood, and by that is meant a happy childhood of play and development.

And now, how fares modern man? Consider the United States, the most prosperous and most enlightened country of the world. In the United States there are 10,000,000 people living in poverty. By poverty is meant that condition in life in which, through lack of food and adequate shelter, the mere standard of working efficiency cannot be maintained. In the United States there are 10,000,000 people who have not enough to eat. In the United States, because they have not enough to eat, there are 10,000,000 people who cannot keep the ordinary measure of strength in their bodies. This means that these 10,000,000 people are perishing, are dying, body and soul, slowly, because they have not enough to eat. All over this broad, prosperous, enlightened land, are men, women, and children who are living miserably. In all the great cities, where they are segregated in slum ghettos by hundreds of thousands and by millions, their misery becomes beastliness. No caveman ever starved as chronically as they starve, ever slept as vilely as they sleep, ever festered with rottenness and disease as they fester, nor ever toiled as hard and for as long hours as they toil.

In Chicago there is a woman who toiled sixty hours per week. She was a garment worker. She sewed buttons on clothes. Among the Italian garment workers of Chicago, the average weekly wage of the dressmakers is go cents, but they work every week in the year. The average weekly wage of the pants finishers is \$1.31, and the average number of weeks employed in the year is 27.85. The average yearly

earnings of the dressmakers is \$37.00; of the pants finishers, \$42.41. Such wages means no childhood for the children, beastliness of living, and starvation for all.

Unlike the caveman, modern man cannot get food and shelter whenever he feels like working for it. Modern man has first to find the work, and in this he is often unsuccessful. Then misery becomes acute. This acute misery is chronicled daily in the newspapers. Let several of the countless instances be cited.

In New York City lived a woman, Mary Mead. She had three children: Mary, one year old; Johanna, two years old; Alice, four years old. Her husband could find no work. They starved. They were evicted from their shelter at 160 Steuben Street. Mary Mead strangled her baby, Mary, one year old; strangled Alice, four years old; failed to strangle Johanna, two years old, and then herself took poison. Said the father to the police: "Constant poverty had driven my wife insane. We lived at No. 160 Steuben Street until a week ago, when we were dispossessed. I could get no work. I could not even make enough to put food into our mouths. The babies grew ill and weak. My wife cried nearly all the time."

"So overwhelmed is the Department of Charities with tens of thousands of applications from men out of work that it finds itself unable to cope with the situation."- *New York Commercial*, January 11, 1905.

In a daily paper, because he cannot get work in order to get something to eat, modern man advertises as follows:

"Young man, good education, unable to obtain employment, will sell to physician and bacteriologist for experimental purposes all right and title to his body. Address for price, box 3466, *Examiner*."

"Frank A. Mallin went to the central police station Wednesday night and asked to be locked up on a charge of vagrancy. He said he had

been conducting an unsuccessful search for work for so long that he was sure he must be a vagrant. In any event, he was so hungry he must be fed. Police judge Graham sentenced him to ninety days' imprisonment." -- *San Francisco Examiner*.

In a room at the Soto House, 32 Fourth Street, San Francisco, was found the body of W. G. Robbins. He had turned on the gas. Also was found his diary, from which the following extracts are made:

"March 3. -No chance of getting anything here. What will I do? "
 March 7. -- Cannot find anything yet. "March 8. -- Am living on doughnuts at five cents a day. "March 9. -- My last quarter gone for room rent. "March 10. -- God help me. Have only five cents left. Can get nothing to do. What next? Starvation or --? I have spent my last nickel to-night. What shall I do? Shall it be steal, beg, or die? I have never stolen, begged, or starved in all my fifty years of life, but now I am on the brink death seems the only refuge. "March 11. -- Sick all day -- burning fever this afternoon. Had nothing to eat to-day or since yesterday noon. My head, my head. Good-by, all."

How fares the child of modern man in this most prosperous of lands? In the city of New York 50,000 children go hungry to school every morning. From the same city on January 12, a press despatch was sent out over the country of a case reported by Dr. A. E. Daniel, of the New York Infirmary for Women and Children. The case was that of a babe, eighteen months old, who earned by its labor fifty cents per week in a tenement sweat- shop.

"On a pile-of rags in a room bare of furniture and freezing cold, Mrs. Mary Gallin, dead from starvation, with an emaciated baby four months old crying at her breast, was found this morning at 513 Myrtle Avenue, Brooklyn, by Policeman McConnon of the Flushing Avenue Station. Huddled together for warmth in another part of the room were the father, James Gallin, and three children ranging from two to eight years of age. The children gazed at the policeman much as ravenous animals might have done. They were famished, and there

was not a vestige of food in their comfortless home." - *New York Journal*, January 2, 1902.

In the United States 80,000 children are toiling out their lives in the textile mills alone. In the South they work twelve-hour shifts. They never see the day. Those on the night shift are asleep when the sun pours its life and warmth over the world, while those on the day shift are at the machines before dawn and return to their miserable dens, called "homes," after dark. Many receive no more than ten cents a day. There are babies who work for five and six cents a day. Those who work on the night shift are often kept awake by having cold water dashed in their faces. There are children six years of age who have already to their credit eleven months' work on the night shift. When they become sick, and are unable to rise from their beds to go to work, there are men employed to go on horseback from house to house, and cajole and bully them into arising and going to work. Ten per cent of them contract active consumption. All are puny wrecks, distorted, stunted, mind and body. Elbert Hubbard says of the child-laborers of the Southern cotton mills : --

"I thought to lift one of the little toilers to ascertain his weight. Straightaway through his thirty-five pounds of skin and bones there ran a tremor of fear, and he struggled forward to tie a broken thread. I attracted his attention by a touch, and offered him a silver dime. He looked at me dumbly from a face that might have belonged to a man of sixty, so furrowed, tightly drawn, and full of pain it was. He did -- he did not know what it not reach for the money was. There were dozens of such children in this particular mill. A physician who was with me said that they would all be dead probably in two years, and their places filled by others -- there were plenty more. Pneumonia carries off most of them. Their systems are ripe for disease, and when it comes there is no rebound -- no response. Medicine simply does not act -- nature is whipped, beaten, discouraged, and the child sinks into a stupor and dies."

So fares modern man and the child of modern man in the United

States, most prosperous and enlightened of all countries on earth. It must be remembered that the instances given are instances only, but that they can be multiplied myriads of times. It must also be remembered that what is true of the United States is true of all the civilized world. Such misery was not true of the caveman. Then what has happened? Has the hostile environment of the caveman grown more hostile for his descendants? Has the caveman's natural efficiency of I for food-getting and shelter-getting diminished in modern man to one-half or one-quarter?

On the contrary, the hostile environment of the caveman has been destroyed. For modern man it no longer exists. All carnivorous enemies, the daily menace of the younger world, have been killed off. Many of the species of prey have become extinct. Here and there, in secluded portions of the world, still linger a few of man's fiercer enemies. But they are far from being a menace to mankind. Modern man, when he wants recreation and change, goes to the secluded portions of the world for a hunt. Also, in idle moments, he wails regretfully at the passing of the "big game," which he knows in the not distant future will disappear from the earth.

Nor since the day of the caveman has man's efficiency for food-getting and shelter-getting diminished. It has increased a thousand fold. Since the day of the caveman, matter has been mastered. The secrets of matter have been discovered. Its laws have been formulated. Wonderful artifices have been made, and marvellous inventions, all tending to increase tremendously man's natural efficiency of I in every food-getting, shelter-getting exertion, in farming, mining, manufacturing, transportation, and communication.

From the caveman to the hand-workers of three generations ago, the increase in efficiency for food and shelter-getting has been very great. But in this day, by machinery, the efficiency of the hand-worker of three generations ago has in turn been increased many times.

Formerly it required 200 hours of human labor to place 100 tons of ore on a railroad car. To-day, aided by machinery, but two hours of

human labor is required to do the same task. The United States Bureau of Labor is responsible for the following table, showing the comparatively recent increase in man's food- and shelter-getting efficiency:

	Machine Hours.	Hand Hours.
Barley (100 bushels)	9	211
Corn (50 bushels shelled, stalks, husks, and blades cut into fodder)	34	228
Oats (160 bushels)	28	265
Wheat (50 bushels)	7	160
Loading ore (loading 100 tons iron ore on cars) .	2	200
Unloading coal (transferring 200 tons from canal- boats to bins 400 feet distant)	20	240
Pitchforks (50 pitchforks, 12-inch tines)	12	200
Plough (one landside plough, oak beams and handles)	3	118

According to the same authority, under the best conditions for organization in farming, labor can produce 20 bushels of wheat for 66 cents, or 1 bushel for 3 1/3 cents. This was done on a bonanza farm of 10,000 acres in California, and was the average cost of the whole product of the farm. Mr. Carroll D. Wright says that to-day 4,500,000 men, aided by machinery, turn out a product that would require the labor of 40,000,000 men if produced by hand. Professor Herzog, of Austria, says that 5,000,000 people with the machinery of to-day, employed at socially useful labor, would be able to supply a population of 20,000,000 people with all the necessaries and small luxuries of life by working 1 1/2 hours per day.

This being so, matter being mastered, man's efficiency for food- and shelter-getting being increased a thousand fold over the efficiency of the caveman, then why is it that millions of modern men live more miserably than lived the caveman? This is the question the revolutionist asks, and he asks it of the managing class, the capitalist

class. The capitalist class does not answer it. The capitalist class cannot answer it.

If modern man's food- and shelter-getting efficiency is a thousand fold greater than that of the caveman, why, then, are there 10,000,000 people in the United States to-day who are not properly sheltered and properly fed? If the child of the caveman did not have to work, why, then, to-day, in the United States, are 80,000 children working out their lives in the textile factories alone? If the child of the caveman did not have to work, why, then, to-day, in the United States, are there 1,752,187 child-laborers?

It is a true count in the indictment. The capitalist class has mismanaged, is to-day mismanaging. In New York City 50,000 children go hungry to school, and in New York City there are 1320 millionaires. The point, however, is not that the mass of man kind is miserable because of the wealth the capitalist class has taken to itself. Far from it. The point really is that the mass of mankind is miserable, not for want of the wealth taken by the capitalist class, *but for want of the wealth that was never created.* This wealth was never created because the capitalist class managed too wastefully and irrationally. The capitalist class, blind and greedy, grasping madly, has not only not made the best of its management, but made the worst of it. It is a management prodigiously wasteful. This point cannot be emphasized too strongly.

In face of the facts that modern man lives more wretchedly than the caveman, and that modern man's food- and shelter-getting efficiency is a thousand fold greater than the caveman's, no other solution is possible than that the management is prodigiously wasteful.

With the natural resources of the world, the machinery already invented, a rational organization of production and distribution, and an equally rational elimination of waste, the able-bodied workers would not have to labor more than two or three hours per day to feed everybody, clothe everybody, house everybody, educate

everybody, and give a fair measure of little luxuries to everybody. There would be no more material want and wretchedness, no more children toiling out their lives, no more men and women and babes living like beasts and dying like beasts. Not only would matter be mastered, but the machine would be mastered. In such a day incentive would be finer and nobler than the incentive of to-day, which is the incentive of the stomach. No man, woman, or child would be impelled to action by an empty stomach. On the contrary, they would be impelled to action as a child in a spelling match is impelled to action, as boys and girls at games, as scientists formulating law, as inventors applying law, as artists and sculptors painting canvases and shaping clay, as poets and statesmen serving humanity by singing and by statecraft. The spiritual, intellectual, and artistic uplift consequent upon such a condition of society would be tremendous. All the human world would surge upward in a mighty wave.

This was the opportunity vouchsafed the capitalist class. Less blindness on its part, less greediness, and a rational management, were all that was necessary. A wonderful era was possible for the human race. But the capitalist class failed. It made a shambles of civilization. Nor can the capitalist class plead not guilty. It knew of the opportunity. Its wise men told it of the opportunity, its scholars and its scientists told it of the opportunity. All that they said is there to-day in the books, just so much damning evidence against it. It would not listen. It was too greedy. It rose up (as it rises up to-day), shamelessly, in our legislative halls, and declared that profits were impossible without the toil of children and babes. It lulled its conscience to sleep with prattle of sweet ideals and dear moralities, and allowed the suffering and misery of mankind to continue and to increase. In short, the capitalist class failed to take advantage of the opportunity.

But the opportunity is still here. The capitalist class has been tried and found wanting. Remains the working-class to see what it can do with the opportunity. "But the working-class is incapable," says the

capitalist class. "What do you know about it?" the working-class replies. "Because you have failed is no reason that we shall fail. Furthermore, we are going to have a try at it, anyway. Seven millions of us say so. And what have you to say to that?"

And what can the capitalist class say? Grant the incapacity of the working-class. Grant that the indictment and the argument of the revolutionists are all wrong. The 7,000,000 revolutionists remain. Their existence is a fact. Their belief in their capacity, and in their indictment and their argument, is a fact. Their constant growth is a fact. Their intention to destroy present-day society is a fact, as is also their intention to take possession of the world with all its wealth and machinery and governments. Moreover, it is a fact that the working-class is vastly larger than the capitalist class.

The revolution is a revolution of the working-class. How can the capitalist class, in the minority, stem this tide of revolution? What has it to offer? What does it offer? Employers' associations, injunctions, civil suits for plundering of the treasuries of the labor unions, clamor and combination for the open shop, bitter and shameless opposition to the eight-hour day, strong efforts to defeat all reform child-labor bills, graft in every municipal council, strong lobbies and bribery in every legislature for the purchase of capitalist legislation, bayonets, machine-guns, policemen's clubs, professional strike-breakers, and armed Pinkertons -- these are the things the capitalist class is dumping in front of the tide of revolution, as though, forsooth, to hold it back.

The capitalist class is as blind to-day to the menace of the revolution as it was blind in the past to its own God-given opportunity. It cannot see how precarious is its position, cannot comprehend the power and the portent of the revolution. It goes on its placid way, prattling sweet ideals and dear moralities, and scrambling sordidly for material benefits.

No overthrown ruler or class in the past ever considered the

revolution that overthrew it, and so with the capitalist class of to-day. Instead of compromising, instead of lengthening its lease of life by conciliation and by removal of some of the harsher oppressions of the working-class, it antagonizes the working-class, drives the working-class into revolution. Every broken strike in recent years, every legally plundered trades-union treasury, every closed shop made into an open shop, has driven the members of the working-class directly hurt over to socialism by hundreds and thousands. Show a workingman that his union fails and he becomes a revolutionist. Break a strike with an injunction or bankrupt a union with a civil suit, and the workingmen hurt thereby listen to the siren song of the socialist and are lost forever to the *political capitalist* parties.

Antagonism never lulled revolution, and antagonism is about all the capitalist class offers. It is true, it offers some few antiquated notions which were very efficacious in the past, but which are no longer efficacious. Fourth-of-July liberty in terms of the Declaration of Independence and of the French Encyclopedists is scarcely apposite to-day. It does not appeal to the workingman who has had his head broken by a policeman's club, his union treasury bankrupted by a court decision, or his job taken away from him by a labor-saving invention. Nor does the Constitution of the United States appear so glorious and constitutional to the workingman who has experienced a bull pen or been unconstitutionally deported from Colorado. Nor are this particular workingman's hurt feelings soothed by reading in the newspapers that both the bull pen and the deportation were preeminently just, legal, and constitutional. "To hell, then, with the Constitution!" says he, and another revolutionist has been made -by the capitalist class.

In short, so blind is the capitalist class that it does nothing to lengthen its lease of life, while it does everything to shorten it. The capitalist class offers nothing that is clean, noble, and alive. The revolutionists offer everything that is clean, noble, and alive. They offer service, unselfishness, sacrifice, martyrdom -- the things that sting awake the imagination of the people, touching their hearts with

the fervor that arises out of the impulse toward good and which is essentially religious in its nature.

But the revolutionists blow hot and blow cold. They offer facts and statistics, economics and scientific arguments. If the workingman be merely selfish, the revolutionists show him, mathematically demonstrate to him, that his condition will be bettered by the revolution. If the workingman be the higher type, moved by impulses toward right conduct, if he have soul and spirit, the revolutionists offer him the things of the soul and the spirit, the tremendous things that cannot be measured by dollars and cents, nor be held down by dollars and cents. The revolutionist cries Out upon wrong and injustice, and preaches righteousness. And, most potent of all, he sings the eternal song of human freedom -a song of all lands and all tongues and all time.

Few members of the capitalist class see the revolution. Most of them are too ignorant, and many are too afraid to see it. It is the same old story of every perishing ruling class in the world's history. Fat with power and possession, drunken with success, and made soft by surfeit and by cessation of struggle, they are like the drones clustered about the honey vats when the worker- bees spring upon them to end their rotund existence.

:President Roosevelt vaguely sees the revolution, is frightened by it, and recoils from seeing it. As he says: "Above all, we need to remember that any kind of class animosity in the political world is, if possible, even more wicked, even more destructive to national welfare, than sectional, race, or religious animosity."

Class animosity in the political world, President Roosevelt maintains, is wicked. But class animosity in the political world is the preachment of the revolutionists. "Let the class wars in the industrial world continue," they say, "but extend the class war to the political world." As their leader, Eugene V. Debs, says: "So far as this struggle is concerned, there is no good capitalist and no bad workingman. Every

capitalist is your enemy and every workingman is your friend."

Here is class animosity in the political world with a vengeance. And here is revolution. In 1888 there were only 2000 revolutionists of this type in the United States; in 1900 there were 127,000 revolutionists; in 1904, 435,000 revolutionists. Wickedness of the President Roosevelt definition evidently flourishes and increases in the United States. Quite so, for it is the revolution that flourishes and increases.

Here and there a member of the capitalist class catches a clear glimpse of the revolution, and raises a warning cry. But his class does not heed. President Eliot of Harvard raised such a cry: "I am forced to believe there is a present danger of socialism never before so imminent in America in so dangerous a form, because never before imminent in so well organized a form. The danger lies in the obtaining control of the trades-unions by the socialists." And the capitalist employers, instead of giving heed to the warnings, are perfecting their strikebreaking organization and combining more strongly than ever for a general assault upon that dearest of all things to the trades- unions, -- the closed shop. In so far as this assault succeeds, by just that much will the capitalist class shorten its lease of life. It is the old, old story, over again and over again. The drunken drones still cluster greedily about the honey vats.

Possibly one of the most amusing spectacles of to-day is the attitude of the American press toward the revolution. It is also a pathetic spectacle. It compels the onlooker to be aware of a distinct loss of pride in his species. Dogmatic utterance from the mouth of ignorance may make gods laugh, but it should make men weep. And the American editors (in the general instance) are so impressive about it! The old "divide-up," "men-are-not- born-free-and-equal" propositions are enunciated gravely and sagely, as things white-hot and new from the forge of human wisdom. Their feeble vaporings show no more than a schoolboy's comprehension of the nature of the revolution. Parasites themselves on the capitalist class, serving the capitalist class by moulding public opinion, they, too, cluster

drunkenly about the honey vats.

Of course, this is true only of the large majority of American editors. To say that it is true of all of them would be to cast too great obloquy upon the human race. Also, it would be untrue, for here and there an occasional editor does see clearly -- and in his case, ruled by stomach-incentive, is usually afraid to say what he thinks about it. So far as the science and the sociology of the revolution are concerned, the average editor is a generation or so behind the facts. He is intellectually slothful, accepts no facts until they are accepted by the majority, and prides himself upon his conservatism. He is an instinctive optimist, prone to believe that what ought to be, is. The revolutionist gave this up long ago, and believes not that what ought to be, is, but what is, is, and that it may not be what it ought to be at all.

Now and then, rubbing his eyes vigorously, an editor catches a sudden glimpse of the revolution and breaks out in naive volubility, as, for instance, the one who wrote the following in the *Chicago Chronicle*: "American socialists are revolutionists. They know that they are revolutionists. It is high time that other people should appreciate the fact." A white-hot, brand-new discovery, and he proceeded to shout it out from the housetops that we, forsooth, were revolutionists. Why, it is just what we have been doing all these years -shouting it out from the housetops that we are revolutionists, and stop us who can.

The time should be past for the mental attitude: "Revolution is atrocious. Sir, there is no revolution." Likewise should the time be past for that other familiar attitude: "Socialism is slavery. Sir, it will never be." It is no longer a question of dialectics, theories, and dreams. There is no question about it. The revolution is a fact. It is here now. Seven million revolutionists, organized, working day and night, are preaching the revolution -- that passionate gospel, the Brotherhood of Man. Not only is it a coldblooded economic propaganda, but it is in essence a religious propaganda with a fervor

in it of Paul and Christ. The capitalist class has been indicted. It has failed in its management and its management is to be taken away from it. Seven million men of the working-class say that they are going to get the rest of the working-class to join with them and take the management away. The revolution is here, now. Stop it who can.